
HARLEQUIN
Bianca
UN MARIDO SICILIANO
KATE WALKER



UN MARIDO SICILIANO

KATE WALKER





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un marido siciliano, n.º 1431 - octubre 2017
Título original: A Sicilian Husband
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-461-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

El hombre que estaba al fondo del bar era sencillamente espectacular.

Espectacular.

Terrie no podía definirlo de otra forma. Porque «guapísimo» no parecía la palabra adecuada para describir a un hombre tan masculino, tan impresionante.

Era, más que guapo, soberbio.

Pelo negro, nariz recta, pómulos altos, labios sensuales, profundos ojos castaños y una hermosa piel morena que proclamaba a gritos su ascendencia mediterránea.

Pero ni siquiera la palabra «apuesto» podía describir la belleza de aquel hombre, el brillo turbulento en sus ojos oscuros. Y sospechaba que su boca, aunque sensual, podía endurecerse hasta adoptar un rictus cruel.

Su actitud confiada, casi arrogante, la tremenda seguridad en sí mismo, lo hacían destacar entre la multitud como si le hubieran colocado un foco.

Sí, «espectacular» era la mejor palabra para definirlo.

Terrie no podía dejar de mirarlo, aunque sospechaba que, si seguía mirándolo así, pronto se daría cuenta. Y justo cuando lo estaba pensando, aquel perfecto espécimen masculino clavó en ella sus ojos negros.

El gesto de desdén, la calculada frialdad de su mirada eran tan evidentes que Terrie tuvo que hacer un esfuerzo para controlar los latidos de su corazón. Se sentía como una cría mirando a un famoso actor de cine.

Giovanni Cardella se dio cuenta de que la mujer sentada al otro lado del bar no le quitaba los ojos de encima. Lo miraba con descaro, como si no hubiera visto un hombre en toda su vida.

Otra mujer.

Otra mujer que no era Lucía.

Otra mujer insinuándose, dejando claro que lo encontraba atractivo cuando eso era lo último que deseaba.

Él no era ningún tonto. Sabía que sus rasgos, su altura y su aspecto atlético atraían a las mujeres. Y en cuanto supieron que estaba solo aparecieron muchas, todas dispuestas a consolar al «viudo rico».

Pero no tenía ni tiempo ni ganas de conocer a otra mujer. Solo hubo una mujer en su vida: Lucía. Lucía era la única a la que había

amado.

Y aquella mujer no era Lucía. Para empezar, era una rubia de piel muy clara, típicamente inglesa. Y era alta; aunque estaba sentada se veía que era alta, mientras su Lucía había sido bajita, morena y preciosa.

La mujer de ojos azul grisáceo y pelo claro no se parecía a ella en absoluto. Era como el negativo de Lucía.

Y seguía mirándolo.

Aquel día precisamente la atención de esa chica era una intromisión. Y lo molestaba profundamente.

–*Madre di Dio!*

Furioso, clavó en ella una mirada profundamente despreciativa.

–Qué corte –murmuró Terrie, horrorizada por la respuesta del extraño.

Aunque volvió la cara, seguía sintiendo la mirada desdeñosa del hombre clavada en ella.

–Chicas, tenemos que irnos.

A su lado, Claire y Anna estaban levantándose.

–¿Vienes, Terrie?

–¿Qué? No… la verdad es que paso de la última sesión.

¿Qué estaba haciendo? Era la oportunidad perfecta para desaparecer de allí antes de hacer el ridículo. Si se iba, seguramente no volvería a ver a aquel extraño en toda su vida.

Pero la verdad era que no quería irse. Incluso antes de entrar en el bar con sus amigas había decidido que la última sesión del seminario de ventas estaba siendo una pérdida de tiempo.

–¿Segura?

Terrie asintió con la cabeza, liberando sin querer alguno de los rizos rubios que había intentado controlar en un moño.

–Del todo. Estas sesiones me tienen aburrida desde el principio. Antes de venir al seminario ya sospechaba que lo de vender ropa de niños no era para mí… ahora estoy absolutamente segura.

–¿Y qué vas a hacer? –preguntó Claire.

–A partir de mañana me pondré a buscar otra cosa, así que no tiene sentido que vuelva a tragarme todo ese rollo sobre cuotas y nuevas líneas de producto.

Sonaba totalmente racional, como algo que hubiera pensado mucho. Nada que ver con el hecho de que su sentido de la realidad acababa de esfumarse por culpa del hombre más guapo que había visto en toda su vida.

No tenía nada que ver con eso, se dijo a sí misma. Nada en absoluto.

–En fin, si estás segura…

Claire pareció vacilar, pero Anna estaba tirándole de la manga para llevarla a la sala de conferencias.

–Desde luego. Voy a terminar la copa y después subiré a mi habitación para hacer la maleta.

–Entonces, ¿nos vemos a la hora de la cena?

Terrie asintió, distraída. No estuvo segura hasta que dijo aquellas palabras en voz alta, pero no tenía que pensarlo más.

Estaba aburrida. En realidad, odiaba su trabajo. Odiaba tener que viajar, intentar convencer a la gente para que le comprase un producto carísimo y de baja calidad. No sabía por qué había aguantado tanto tiempo.

Pero a partir de aquel momento, todo iba a cambiar.

Y, para empezar, no subiría a su habitación. Se quedaría en el bar y pediría otra copa mientras pensaba qué iba a hacer con su vida.

Y ni siquiera iba a mirar en la dirección del extraño, pensó, mientras se levantaba de la silla. No pensaba arriesgarse a que la fulminase de nuevo con su mirada desdeñosa.

A pesar de su determinación de no mirarla, los movimientos de la chica llamaron la atención de Gio una vez más. Se movía como un felino, pensó, al verla acercándose a la barra.

Llevaba una chaqueta roja entallada y una falda recta, por encima de las rodillas. Su pelo pugnaba por salirse del moño y varios rizos dorados caían alrededor de su cara.

Con un suspiro de impaciencia, la chica se quitó unas horquillas estratégicamente colocadas y sacudió la cabeza. El resultado dejó a Gio estupefacto.

Cuando vio aquella melena rubia cayendo sobre sus hombros como un halo dorado, sintió un calor inesperado en la entrepierna.

Fue como una patada en el estómago; un golpe de una intensidad tal que no había creído volver a experimentar en su vida.

–*Inferno!* –murmuró entre dientes. Pero, aunque intentaba no mirarla, el deseo de hacerlo era casi insoportable–. ¿Dónde demonios está Chris Macdonald?

Una copa antes de cenar para hablar sobre cómo habían ido las cosas en los tribunales, había sugerido Chris. Y a Gio le pareció un salvavidas.

Después de hablar con su hijo Paolo por teléfono, la noche le parecía eterna, llena de recuerdos. La oportunidad de estar acompañado era más que bienvenida para no recordar el aniversario del peor momento de su vida.

Pero Chris no aparecía. Habían quedado a las ocho y eran las ocho y media.

En ese momento sonó su móvil. Era Chris, como si lo hubiera invocado al pensar en él.

–¿Sí?

Unos segundos después tiraba el teléfono sobre la mesa, mirándolo como si el ofensivo utensilio fuera el propio Chris.

No podía acudir a la cita. Por lo visto, tenía que quedarse en casa porque su hija estaba enferma.

«No hay problema, no te preocupes», le había asegurado él.

Pero era mentira. Había un problema. El problema de la larga y solitaria noche que lo esperaba.

Debería estar acostumbrado a eso. Desde la muerte de Lucía todas las noches eran largas y solitarias. Se quedaba despierto durante horas, en aquella cama tan grande que, desde la muerte de su mujer, le parecía fría y desierta.

Y si se quedaba dormido era aún peor porque al despertar, durante un segundo no recordaba que estaba solo. Lucía seguía allí, con él. Hasta que alargaba la mano y la realidad lo golpeaba como un martillo.

–*Dio!* –murmuró salvajemente, intentando apartar de sí aquellos negros pensamientos.

Creía haber escapado aquella noche. Creía que, con una compañía agradable, una cena y quizá un par de copas de vino, podría encontrar alivio a su soledad. Pero la llamada de Chris acababa de dar al traste con todo eso.

–¿Qué quiere tomar, señorita Hayden?

–Una copa de vino blanco, por favor.

Gio supo, sin mirarla, que era la rubia. La rubia que lo había mirado con tanto descaro.

–¿Esta noche no está con sus amigas? –preguntó el camarero.

–No, se han ido a la última sesión del seminario.

–¿Y usted no va?

–No. Estoy harta de cifras y objetivos. Llevan dos días matándome de aburrimiento.

Aburrida, ¿eh?

Estaba aburrida, se había quedado mirándolo descaradamente y no había ido con sus amigas a la sala de conferencias.

¿Coincidencia o invitación?, se preguntó Gio.

Aquella chica lo excitaba y el sonido de su voz lo provocaba aún más. Era suave, musical y ligeramente ronca. La clase de voz que hacía pensar en murmullos pronunciados en la oscuridad, en el

calor de un aliento sobre su piel.

Y había pasado mucho tiempo. Demasiado tiempo para un hombre tan apasionado como él.

–El seminario era una pesadez. Además, he decidido dejar mi trabajo –sonrió la rubia–. Así que me quedaré por aquí un rato, a ver qué pasa.

La carcajada que soltó después de esa frase fue la gota que colmó el vaso. Tenía una risa alegre, muy festiva.

De modo que quería divertirse, ¿eh? Y él… él quería cualquier cosa con tal de no estar solo aquella noche. Quería un cuerpo cálido y acogedor en su cama después de tanto tiempo.

No se había sentido tan interesado, tan alerta, tan vivo en muchos años. Y no pensaba darle la espalda a esa oportunidad.

Gio estaba de pie antes de haber tomado una decisión racional.

Terrie, con los codos apoyados en la barra, miraba el líquido dorado de su copa, pensativa. Había quemado sus barcos, se dijo. Había tomado una decisión importante quizá muy a la ligera.

James Richmond, su jefe, seguramente ya había notado su ausencia, y estaba segura de que la llamaría a su despacho para pedirle explicaciones. Era ese tipo de hombre. Nadie se saltaba con impunidad una conferencia considerada importante. La última vez que eso pasó, el culpable fue despedido de inmediato.

Aunque no dimitiera, seguramente la despedirían. De modo que estaba sin trabajo. Y con problemas económicos. Debía el alquiler de ese mes y no tenía dinero para pagar el seguro del coche.

De acuerdo, su trabajo era aburrido, pero era un trabajo que le permitía pagar las facturas. Y lo había arriesgado todo por un impulso absurdo que no podría explicar.

Ese hombre.

El pensamiento apareció de repente, de forma inesperada.

Había sido aquel hombre tan guapo al otro lado del bar quien la impulsó a tomar esa decisión. Una decisión irracional, absurda e irresponsable.

¿Qué hacía allí, en la barra de un bar, cuando todos sus compañeros habían ido a la sala de conferencias? ¿Qué estaba esperando?

¿De verdad pensaba que aquel hombre guapísimo, aquel extraño impresionante iba a cambiar su vida?

Debía de haber perdido la cabeza.

Tomando la copa, Terrie se giró un poco y, por el rabillo del ojo, vio que había desaparecido de su mesa.

–Muchas gracias, amigo –murmuró para sí misma.

Tontamente, lo culpaba a él por su estúpida decisión. Aunque era ella quien había tirado el trabajo por la ventana al no ir con sus compañeras a la última sesión del seminario, por aburrida que fuera.

«Admítelo», se dijo a sí misma. Se había quedado en el bar con la esperanza de conocer a aquel extraño que tanto la impresionaba.

Y el tipejo se había marchado sin mirarla dos veces.

Irritada consigo misma y con el extraño, Terrie levantó la copa dirigiéndola hacia la mesa vacía.

–Por los barcos que se cruzan en la noche.

Y entonces alguien brindó con ella. Una copa apareció de repente chocando con la suya.

–*Salute, signorina* –murmuró una voz ronca, con acento italiano.

Capítulo 2

QUÉ?

Nerviosa, Terrie soltó la copa sin querer. El contenido se derramó sobre su falda antes de que el cristal se hiciera añicos en el suelo.

–¡Mire lo que ha hecho!

Se daba cuenta de lo irracional de su comportamiento, pero no podía controlarse. Especialmente, teniéndolo tan cerca. Sus ojos no eran negros, sino de color bronce, con unos fascinantes puntitos dorados.

–Perdone, *signorina*.

La voz era incluso más atractiva que la cara. Pura miel, con un toque grave, ronco, terriblemente masculino.

–Perdone…

El extraño le hizo un gesto al camarero y, antes de que ella pudiese reaccionar, estaba limpiando las manchas de vino de su falda.

Aquello era terrible. El roce de sus manos hacía que le temblasen las piernas como si fuera una colegiala. Y cuando el extraño secó una mancha en las medias, Terrie se apartó, incómoda.

Estaba muy cerca, demasiado cerca. Si respiraba profundamente, podía oler la colonia masculina.

–No es nada…

–Pero se ha manchado la falda…

–¡No es nada! –exclamó ella, con más fuerza de la necesaria–. Además, es un traje barato.

–Al menos deje que la invite a otra copa.

–De acuerdo.

Terrie se sentía tan aliviada cuando dejó de tocarla que hubiera aceptado cualquier cosa. El extraño la llevó hasta una mesa y le hizo un gesto para que se sentase en el sofá de terciopelo granate.

–Era vino blanco, ¿verdad?

Su falda no fue la única víctima en el episodio de la copa. También le había manchado a él los pantalones… y claramente no eran unos pantalones baratos. De hecho, llevaba un traje gris de corte perfecto, seguramente de diseño italiano.

–No hay necesidad… no tiene que molestarse.

–No es molestia –le aseguró él–. Al contrario, es un placer.

Aquellas palabras deberían haberla tranquilizado. Desgraciadamente, ejercieron el efecto contrario. Se sentía

incómoda, como si alguien le hubiera quitado una capa protectora de piel.

De cerca era simplemente demasiado. Demasiado guapo, demasiado grande, demasiado masculino para cualquier mujer con la suficiente cantidad de hormonas. Y su instinto femenino se puso en alerta máxima.

–De verdad, no hace falta…

–¿De qué tiene miedo?

–¡Yo no tengo miedo!

Pero su nerviosismo desmentía esas palabras.

–Entonces, puedo pedir la copa ¿no? –sonrió él, haciéndole un gesto al camarero.

Aunque era una pregunta, lo había dicho como si fuera una orden. Y una orden que debía ser obedecida sin rechistar. Pero el impulso de rebelarse murió cuando aquellos ojos de color bronce se clavaron en ella.

–Gracias –consiguió decir.

–De nada.

El camarero llegó unos segundos después con la copa y Terrie intentó sonreír.

–No quiero que piense… quiero decir que normalmente no dejo que un extraño me invite.

¿Estaba tan nerviosa como parecía o era un cuento?, se preguntó Gio. La mujer que lo había mirado descaradamente unos minutos antes no podía encontrarse tan incómoda.

Seguramente, al haber despertado su interés decidió cambiar de táctica, prefiriendo actuar como presa en lugar de cazadora. Y él le seguiría la corriente. Aunque, como los dos estaban buscando lo mismo, no veía la necesidad.

–Tampoco yo suelo invitar a una desconocida.

Aquella chica tenía clase. Alta, esbelta, elegante, con el pelo rubio ceniza y complexión de porcelana, tenía un toque exótico para un hombre que, como él, estaba acostumbrado a las bellezas italianas.

El olor de su cuerpo, mezclado con el de un perfume con toques de jazmín, lo excitaba.

Pero ir deprisa sería un error. La noche podría ser mucho más interesante si se tomaba su tiempo antes de conseguir lo que quería.

Y la conquista final sería, como resultado, más dulce.

–¿Por qué no nos presentamos? De esa forma, dejaremos de ser desconocidos. Me llamo Giovanni Cardella, pero mis amigos me llaman Gio.

Su acento era precioso, muy cálido y suave; nada que ver con la ordinaria solidez de su idioma.

–Terrie Hayden.

–Encantado –sonrió él, ofreciéndole su mano.

Respirando profundamente para controlar los nervios, Terrie la estrechó y, de repente, se le quedó la mente en blanco. Tanto que no oyó lo que decía.

–¿Perdón?

–¿Terry no es un nombre masculino?

–Es Terrie, escrito con «i» latina, no «y» griega. En realidad, me llamo Teresa. Pero nadie me llama por mi verdadero nombre.

–Yo lo haría. Terrie no te pega mucho, pero Teresa…

En sus labios, el nombre parecía completamente diferente. Tenía un sonido musical, encantador, que la hizo sonreír.

–Te llamaré Teresa.

Si seguía hablando de esa forma, podría llamarla lo que quisiera. Su sonrisa la hacía sentir como si estuviera bañada por el sol del Mediterráneo.

–¿De qué parte de Italia eres?

–Sicilia. De Palermo.

Claro. Ser italiano le daba ese aire de elegante sofisticación. Y Sicilia había añadido un toque de peligro a su mirada.

–Me han dicho que Italia es un país precioso. La verdad es que no he tenido muchas oportunidades de viajar, pero me encantaría.

–Quizá ahora que has decidido dejar tu trabajo tengas oportunidad de hacerlo.

–¿Dejar mi…? ¡Estabas escuchando la conversación!

–No estaba escuchando, es que hablabas en voz alta.

Lo había hecho a propósito para que él lo oyera, estaba seguro. Después de mirarlo descaradamente le había dicho al camarero que se quedaba un rato en el bar… porque estaba aburrida.

Quería ligar con él, no había duda alguna.

Y si no era así, se sentiría decepcionado. No tenía tiempo para jueguecitos, no tenía tiempo para los «dos pasos adelante y uno atrás» de la seducción.

Gio sabía lo que quería de aquel encuentro y, estaba seguro, ella también. Entonces, ¿para qué perder el tiempo?

–Cena conmigo.

–¿Qué?

Aquello la había pillado por completo desprevenida.

¿Por qué parecía tan sorprendida?, se preguntó Gio. Quizá estaba yendo demasiado aprisa, quizá no esperaba que fuese tan

directo.

Pero él no estaba de humor para convenciones, ni para frases amables que no llevaban a ninguna parte.

–Cena conmigo… ¡Por favor, *mia bella*, no pongas esa cara! Solo te he pedido que cenemos juntos, no que te acuestes conmigo.

A Terrie empezaba a darle vueltas la cabeza. No había pasado ni media hora desde que vio a aquel hombre por primera vez en su vida. Ni siquiera veinte minutos desde que él le devolvió una mirada llena de desdén. Y entonces aparecía por detrás, brindaba con ella…

–¿Quieres que cene contigo?

–¿Tan raro te parece?

–Después de cómo me has mirado hace un rato… pensé que no querías ni verme.

–Ah, eso… –Gio tuvo la buena educación de hacer un gesto de disculpa–. No era por ti. Estaba enfadado con otra persona. Había quedado aquí, pero me han dado plantón.

Otra mujer, por supuesto.

Tenía que ser otra mujer. Le habían dado plantón y quería aprovechar el tiempo.

–Vaya, muchas gracias. Sabes hacer que una chica se sienta como el segundo plato.

–*Come?* –exclamó él–. No, no, te equivocas. Había quedado con un hombre, era una reunión de trabajo. Me llamó hace un rato para decir que no podía venir.

–Entonces, ¿estás solo?

Lo que quería saber era si la invitaba a cenar porque le gustaba, pero la pregunta parecía una intrusión en su vida privada.

–Completamente. Soy un extranjero perdido en Londres…

–Por favor…

–¿No me crees?

–No creo que estés más perdido que yo. De hecho, juraría que conoces Londres tan bien como Palermo.

–Eso es verdad.

La afirmación iba acompañada de otra de esas sonrisas que la dejaban con las rodillas temblorosas.

–¿Lo ves? Yo tenía razón.

–Pero sigo estando solo y prefiero cenar acompañado. He reservado mesa para dos y sería una pena no usarla… ya que tú también estás buscando compañía.

Lo de «buscar compañía» había sonado fatal. Terrie estaba a punto de echarse atrás, pero aquellos ojos de color bronce eran

irresistibles.

–Mira, yo…

–*Per piacere* –la interrumpió él, con voz ronca–. Por favor, cena conmigo.

Debería decirle que había quedado a cenar con sus amigas. Iba a hacerlo, pero cuando abrió la boca dijo todo lo contrario: –De acuerdo. Cenaré contigo.

Si hubiera visto una expresión de triunfo en la cara del hombre se habría echado atrás. Si lo hubiera visto sonreír como un cazador después de conseguir su presa, habría ido a cenar con Claire y Anna el bufé frío incluido en el seminario. Aunque con toda probabilidad lo lamentaría siempre, al menos se sentiría a salvo.

Porque no se sentía a salvo con Giovanni Cardella.

Sin embargo, él no sonrió como si hubiera ganado una batalla; solo rozó su mano suavemente, durante un segundo, como para darle las gracias.

–¿Nos vamos?

Eso la desarmó. El gesto fue muy breve, como un roce de alas de mariposa. Y la dejó confusa e insatisfecha. Quería más, mucho más.

No sabía si era por culpa de esas absurdas sensaciones o simple coincidencia, pero al levantarse se le torció un tacón. Afortunadamente, Gio, moviéndose rápidamente, la tomó por la cintura.

–¡Cuidado!

Estaban tan cerca… ¿iba a besarla? Terrie estaba segura de que él había leído esa pregunta en sus ojos, que habría leído en ellos el deseo. Y ese deseo la dejaba atónita, porque nunca había sentido nada así en toda su vida.

Se había sentido atraída por muchos hombres, incluso alguna vez se preguntó si estaba enamorada, pero ninguna de sus relaciones duró demasiado. Ninguna echó raíces, ninguna floreció para convertirse en algo más profundo, más…

¿Permanente?

Aquel pensamiento la sorprendió. Uno no se enamora de alguien a simple vista, después de haber intercambiado un par de frases. Esos sentimientos tardan tiempo en crecer y ella no conocía a Giovanni Cardella en absoluto.

–Gracias.

No sabía si era el tropezón o aquellos tontos pensamientos, pero la voz le salió temblorosa.

Estaban tan cerca, su proximidad la afectaba de tal forma que, sin pensar, Terrie levantó una mano y tocó su cara, sintiendo bajo

los dedos la piel suave, la barba que empezaba a crecer.

–Gracias –repitió, asombrada de sí misma.

–De nada –murmuró él tomando su mano.

Lo había dicho con un tono… Terrie no podría definirlo. No lo entendía.

Y entonces Gio inclinó la cabeza y besó su mano. Suave, casi tiernamente.

–Gio…

El nombre le había salido como un suspiro, como un susurro, y se quedó atónita al notar que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Lágrimas de confusión y de placer. De aterradora sensibilidad a todo lo que aquel hombre le hacía.

¿Se daba cuenta él? ¿Sabría que para ella, acostumbrada a los torpes coqueteos con chicos de su edad, la galantería italiana era irresistible?

Un segundo antes había deseado un beso. La imagen de aquel hombre besándola en la boca apareció en su mente como un relámpago. Pero había besado su mano y la delicadeza del gesto tenía más poder sobre sus sentimientos que el beso más apasionado.

–Me encantará cenar contigo –consiguió decir, para expresar de alguna forma sus sentimientos.

–Pensé que ya estábamos de acuerdo en eso.

El asunto estaba yendo exactamente como él quería, pensó Gio mientras salían del bar.

Terrie… qué nombre tan raro. Terrie había dejado de aparentar que necesitaba ser persuadida y los dos entendían cuál sería el final de la noche.

Un momento antes quería que la besase; lo había visto en sus ojos. Pero un beso no era lo que él tenía en mente, al menos no un beso en los labios.

La única mujer a la que había besado en los labios desde la muerte de Lucía era Megan. Gio sonrió, pensando en su cuñada. Megan había llevado mucho amor a la vida de su hermanastro y también a la suya. A Megan podía besarla en los labios. Y a su madre. A nadie más.

Desde luego, no pensaba besar a aquella chica en los labios. Teresa era una extraña a la que había conocido en un bar. Era solo un revolcón y ella lo entendía.

Por un momento tuvo dudas, pero el «sí» a la cena, el ensayado tropezón que la había hecho caer en sus brazos, le aseguraron que estaba en lo cierto. Teresa sabía lo que estaba pasando.

A partir de aquel momento, todo iría como la seda. Una cena,

una charla entretenida, los correspondientes halagos, una botella de vino, la última copa…

Tomarían esa última copa en su habitación. En la de Teresa. Y después de la copa, se irían a la cama.

Aquella noche. Solo aquella noche.

Y al día siguiente, se marcharía… solo.

Capítulo 3

QUÉ haces en Inglaterra? No pareces un turista y antes has dicho que tenías una reunión de trabajo.

Gio asintió con la cabeza.

–Soy abogado. Había quedado con mi amigo para hablar sobre un caso que estoy llevando en los tribunales.

–¿Y qué tal va?

–Hemos ganado.

Lo había dicho con total tranquilidad, sin darse aires, sin falsa modestia.

Por supuesto que había ganado. Gio daba la impresión de no haber fracasado jamás.

Un escalofrío de aprensión recorrió la espalda de Terrie. No le gustaría enfrentarse con Giovanni Cardella en los tribunales. Intuía que sus interrogatorios serían mortales, sus preguntas rápidas como el mordisco de una cobra. De hecho, no le gustaría enfrentarse a Gio en ninguna situación porque sería un oponente formidable.

–¿Era un… caso importante?

La pregunta le había salido entrecortada porque su mente traidora eligió aquel momento para crear la imagen de otro tipo de «enfrentamiento» con Gio. Por unos segundos, se imaginó aplastada contra aquel torso atlético, estrujada por esos brazos musculosos que la chaqueta del traje no podía disimular.

–Bastante. Un caso de fraude internacional… ¿de qué te ríes?

–De nada, no estaba riéndome.

Terrie se puso colorada. Estaba tan nerviosa que tuvo que tomar un sorbo de vino para recuperar la compostura.

–Estabas sonriendo.

–La verdad, me siento un poco como Cenicienta. Este sitio… –Terrie señaló alrededor: el mantel de lino, las velas, las copas de cristal francés, los camareros elegantemente uniformados.

–¿Te gusta?

–Sí, claro. La verdad, no esperaba pasar así la noche.

De repente, se acordó de Anna y Claire. Debería estar cenando con ellas, compartiendo un bufé frío, pensando en hacer la maleta para marcharse a la mañana siguiente.

–Si me pellizco, seguramente todo esto desaparecerá como por arte de magia.

–¿Y yo me convertiré en una calabaza?

–No, claro que no –rio Terrie–. El Príncipe Azul no se convirtió

en una calabaza. Siguió siendo un príncipe para siempre.

–¿Así es como me ves, como un príncipe azul?

¿Lo era? ¿Era lo que parecía? El compañero encantador, la amabilidad personificada, el hombre que llenaba su copa, que estaba atento a todos los detalles. ¿Ese era el auténtico Giovanni Cardella o tenía otra cara? ¿Y el hombre que se batía el cobre en los tribunales?

–Desde luego, eres encantador cuando quieres.

–¿Cuando quiero?

–Tengo la impresión de que intentas serlo conmigo. Que estás…

–¿Y por qué no? –la interrumpió Gio–. Eres una mujer muy guapa. ¿No es normal que intente ser amable, que intente agradarte, hacerte sonreír?

–Debo admitir que no estoy acostumbrada –murmuró Terrie–. Los hombres que conozco no son tan elegantes, tan refinados. Y no tienen dinero para traerme a un sitio como este.

–¿Y el dinero es muy importante para ti?

Teresa hizo una mueca de disgusto al percatarse del sarcasmo. Pero Gio estaba seguro de que era una mueca ensayada. De modo que no quería dejar las cosas claras… Muy bien, de acuerdo, pensó. Parte de la atracción que sentía por él se debía al dinero, sin duda, pero prefería aparentar que era algo más profundo.

Aunque él no iba a dejarse engañar.

–Yo no he dicho…

–Eres tú quien se ha descrito como Cenicienta. Tengo la impresión de que no estás acostumbrada a sitios como este. ¿Me equivoco?

–No –admitió Terrie–. No suelo cenar en restaurantes tan caros, ni alojarme en hoteles como este. Lo paga la empresa para la que trabajo.

–¿La empresa para la que has decidido que ya no quieres trabajar?

–Eso es –asintió ella–. Sospecho que esta será la única oportunidad de vivir rodeada de lujo durante algún tiempo. No se puede esperar que aparezca un padrino rico todos los días, ¿verdad?

Observando aquellos ojos azules, Gio sintió un deseo tan salvaje que tuvo que cambiar de postura. Pero si lo que Teresa buscaba era un «padrino» rico se había equivocado.

–¿Hace un momento era el Príncipe Azul y ahora soy el Padrino?

Terrie soltó una carcajada.

–Quizá eres las dos cosas.

Desde luego, el «Padrino» le iba a las mil maravillas. Terrie

observó la mano bronceada del hombre, en contraste con el inmaculado mantel de lino blanco.

¿Cómo sería una caricia de esos dedos largos, tan masculinos? ¿Sería suave, tierno, o exigente? El instinto le decía que Gio sabía cómo amar a una mujer. Que sabría excitarla, hacerla gemir de placer…

¿Qué estaba haciendo?, se preguntó. ¿Por qué pensaba esas cosas? Nerviosa, tomó la copa de vino. Tenía la garganta seca.

–Por supuesto, supongo que esto es normal para ti –murmuró.

–Mi trabajo me lleva por todo el mundo.

–Qué suerte tener un trabajo tan emocionante.

–No lo creas –dijo él, encogiéndose de hombros–. Cuando has visto un hotel, los has visto todos. Y normalmente tengo tanto trabajo que no me da tiempo a hacer de turista.

Y así era como le gustaba. La verdad era que no necesitaba trabajar. Gracias a la empresa familiar que dirigían su hermanastro Cesare y él, eran económicamente independientes.

Pero el trabajo llenaba las largas horas del día. Ese era el objetivo: acabar agotado para no pensar, para no recordar.

–Qué pena. A mí me encantaría viajar…

–Estoy aquí para trabajar –la interrumpió Gio–. Y después de un largo día en los tribunales, lo último que me apetece es ver monumentos.

Quizá así entendería que no estaba dispuesto a invitarla a un crucero por el Mediterráneo.

¿Le importaba que estuviese tan obviamente interesada por su dinero?

No, en realidad, le daba igual. Quería compañía femenina… aunque solo por una noche. Por eso le daba igual qué fuera lo que le gustaba de él. Porque con esos ojos azules, la melena rubia y esa boca tan invitadora, era la mujer más sexy que había visto en mucho tiempo.

La luz de las velas acentuaba los reflejos dorados de su pelo, el brillo nacarado de su piel. ¿Se habría dado cuenta de que, cuando se inclinaba hacia delante, podía ver el nacimiento de sus pechos?

Claro que sí. De hecho, sospechaba que era un movimiento estudiado.

Lo estaba haciendo de nuevo en aquel momento. Y Gio hubiera deseado que se quitase la chaqueta para ofrecerle una mejor panorámica.

–No te estoy pidiendo que me lleves de viaje –dijo ella entonces, con expresión suspicaz.

–No, claro que no.

Su respuesta no sonó genuina, pero le daba igual. Gio levantó la botella.

–¿Más vino?

–No, gracias.

Terrie empezaba a sospechar que había bebido más de lo conveniente. El alcohol y el calor del restaurante empezaban a marearla y decidió quitarse la chaqueta.

¿Habría leído sus pensamientos?, se preguntó Gio, irónico.

Sus movimientos para quitarse la prenda, la forma de echar los hombros hacia atrás y los pechos hacia delante, hicieron que le hirviera la sangre en las venas.

–¿Quieres postre?

–Me encantaría, pero estoy a dieta. No me tientes –sonrió Terrie, tocándose la cintura.

Si alguien estaba tentando a alguien, era ella. Aquel gesto era absolutamente premeditado.

–Tienes una figura perfecta y lo sabes. ¿Quieres que te regale los oídos?

–No estaba intentando…

Había algo en la sonrisa de Gio que la ponía nerviosa, pero su mirada la mantenía hipnotizada.

–¿Qué quieres que te diga, que eres preciosa? Pues lo eres. ¿Quieres que te diga que tu piel es perfecta, como la piel de melocotón?

También podría decirle que estaba deseando quitarle la blusa para darse un festín con los ojos, con la boca…

–Oh, por favor –sonrió Terrie, tomando su mano–. No exageres.

–¿No me crees?

–No. Solo intentas halagarme.

–Nunca intento halagar a nadie.

El tono con que había dicho aquello la hizo parpadear, confusa.

Un mechón de pelo rubio había quedado prendido a sus labios y Gio alargó la mano para apartarlo. Pero no lo soltó inmediatamente; lo enredó entre sus dedos hasta que Terrie se vio obligada a inclinar un poco la cabeza para que no le hiciera daño.

–Nunca… –dijo Gio entonces, mirándola a los ojos.

Ella tragó saliva, pero tenía la boca seca. Los otros clientes del restaurante parecían haber desaparecido. Era como si estuvieran solos en el mundo.

Soltando el mechón de pelo, Gio se lo colocó detrás de la oreja con tal ternura que a Terrie le dio un vuelco el corazón.

–Recuerda que nunca halago a nadie –repitió, tomando su mano–. ¿Un café, algún licor?

–Café.

Terrie tuvo que hacer un esfuerzo para hablar, tan alterada estaba.

–Lo tomaremos en el vestíbulo.

Era una orden, no una sugerencia. Gio no soltó su mano mientras se levantaban, y apenas le dio tiempo para tomar la chaqueta y el bolso antes de dirigirse hacia la puerta del restaurante.

También Gio parecía sentir la necesidad de estar en algún sitio más tranquilo, con menos gente… más íntimo. Igual que ella. Sus pensamientos, las sensaciones que aquel hombre despertaba no eran adecuados para el restaurante de un conocido hotel de Londres.

Y temía que esos sentimientos estuvieran impresos en su cara, que aunque encontrasen el sitio más oscuro, más apartado, el calor que sentía por dentro quemaría a cualquiera que pasara a su lado.

Pero si querían paz y tranquilidad aquel no era el sitio, porque los cómodos sofás del vestíbulo estaban ocupados. Casi todos los clientes que habían cenado en el restaurante estaban tomando café allí y no parecían a punto de levantarse.

–No hemos tenido suerte –dijo Gio.

–¿Crees que nos llevarían el café a nuestra… a tu… a mi habitación?

No sabía qué la había hecho pronunciar esas palabras. Y nada más hacerlo deseó que se la tragara la tierra. Sin embargo, por su expresión, él parecía estar pensando exactamente lo mismo.

–¿Es lo que quieres?

Gio estaba esperando una respuesta, pero Terrie había perdido el valor y solo pudo asentir con la cabeza.

Le daba igual que fuera una locura, le daba igual que fuese un riesgo subir a su habitación con un desconocido. Solo sabía que aquello no podía terminar allí, en el vestíbulo. No podía dejar que aquel hombre desapareciese de su vida sin saber hasta adónde podía llegar aquella inesperada relación.

Si hacía eso, lo lamentaría el resto de su vida.

De modo que asintió de nuevo, con más firmeza aquella vez, carraspeando para aclararse la voz.

–Sí –dijo por fin–. Eso es exactamente lo que quiero.

Capítulo 4

LAS PUERTAS del ascensor estaban cerrándose cuando Gio la abrazó. Aún podía oír el ruido metálico cuando sintió que la atraía hacia él. Y el saltito del aparato al empezar a elevarse la hizo caer sobre su torso.

–*Bellezza… mia bella…*

El ronco sonido de la voz masculina se perdió al sentir los fuertes latidos de su corazón bajo la cara; un sonido que se repetía como un eco en el suyo.

Unas horas antes había fantaseado sobre cómo sería estar entre sus brazos. Pero la realidad era mucho más intensa, más sensual, más excitante de lo que hubiera podido imaginar.

El sonido de su respiración y el calor de su aliento la envolvían, ahogándola en sensaciones.

–Teresa…

De nuevo, pronunciaba su nombre como si fuera algo raro, exótico, algo especial para él, y eso hacía que el corazón de Terrie diera saltos de alegría.

Desde el momento que tomó la decisión, había sido solo cuestión de segundos encontrar a un camarero y pedirle que subiera los cafés.

–Por supuesto, señor Cardella. ¿Los subimos a su suite?

–No, a la habitación… –Gio miró a Terrie.

–La 504.

Su habitación era la 504, de modo que estaba en la quinta planta… y el ascensor tardaba un poquito en subir.

Y Gio aprovechó esos segundos para tomar su cara entre las manos, para besarla en el pelo, en la frente, en los párpados… pero nunca en la boca.

Y durante esos segundos, abrazados como estaban, Terrie podía sentir la fuerza del deseo masculino rozando su estómago, la potente erección despertando en ella un anhelo desconocido.

–Gio…

Terrie tiró del fino material de su camisa. No podía esperar hasta llegar a la habitación, necesitaba tocar su piel allí mismo.

Le temblaban las manos mientras acariciaba su estómago plano, los marcados abdominales. Lo sintió estremecerse violentamente como reacción al contacto, oyó su respiración jadeante, el preludio de aquella noche de amor.

Maldiciendo en voz baja, Gio la aplastó contra la pared del

ascensor. Estaban apretados el uno contra el otro en un fiero abrazo… la fuerza de su deseo entre las piernas de Terrie. Acariciaba con urgencia sus brazos, su cara, tirando del escote de la blusa para tocar sus pechos.

Ella intentaba moverse, aprisionada contra la pared, levantando la cara para ofrecerle su boca.

Pero Gio seguía sin besarla en los labios y Terrie se sentía privada de algo que deseaba con todas sus fuerzas.

–Gio… Gio, bésame.

Pero la boca del hombre seguía eludiendo la suya. Estaba tocando sus pechos, la atormentaba sensualmente apretando sus pezones con los dedos en una caricia tan devastadoramente placentera que casi dolía.

–¡Gio, maldita sea, bésame!

Sin poder soportarlo más, Terrie enredó los dedos en el pelo oscuro y buscó su boca.

Pensó que no iba a conseguirlo, que él iba a apartarse, pero cuando estaba a punto de emitir un gemido de derrota, los labios del hombre rozaron los suyos.

Pensó que iba a desmayarse de placer… aunque solo duró unos segundos. Unos segundos en los que nada importaba más que aquel beso.

Pero, de repente, él se apartó casi con desdén.

Y entonces el ascensor se detuvo.

–Creo que ya hemos llegado –murmuró Terrie, sin mirarlo.

Gio, respirando con dificultad, sus pómulos teñidos de un tono ligeramente más oscuro, estaba metiéndose los faldones de la camisa.

–Sí –murmuró, la voz ronca de pasión–. Claro.

Salieron del ascensor y recorrieron el pasillo sin decir nada. Terrie parecía tan abrumada por aquel momento de pasión como él. Le temblaban las manos al sacar la tarjeta del bolso y cuando intentó meterla en la cerradura se le cayó al suelo.

–Deja. Yo lo haré.

Gio tomó la tarjeta y la introdujo no sin cierta dificultad, murmurando una maldición entre dientes.

El tamaño de la habitación lo sorprendió. O, más bien, lo diminuta que era. No había visto una más pequeña en toda su vida.

–¿Esta es tu habitación?

En realidad, agradecía aquella distracción. Cualquier cosa que pudiera hacerle olvidar el beso en el ascensor.

–Esta es. ¿Qué pasa, Gio? ¿Te sorprende ver cómo vive la gente

normal?

–¿Y cuánto has pagado por esto?

–No lo pago yo, lo paga mi empresa. Además, no todo el mundo puede pagar una suite. Hay un cuarto de baño… no muy grande, claro –sonrió Terrie, encendiendo la luz–. ¡Por favor! –exclamó, al verse en el espejo–. ¿Has visto qué pinta tenemos? Menos mal que no nos hemos encontrado con nadie en el pasillo. ¿Qué habrían pensado?

–Que acabamos de tener una pelea… o que venimos de una orgía.

Pretendía disimular el temblor de su voz haciendo una broma, pero no tenía ganas de bromear. Si era sincero, no podría poner nombre a lo que estaba sintiendo.

Y todo por un beso.

Solo un beso.

No. No «solo» un beso. Era la primera vez que besaba apasionadamente a una mujer… que no fuera su esposa.

El primer beso de su vida no lo había afectado de esa forma. La experiencia tuvo lugar muchos años atrás, cuando era un adolescente, y ya no recordaba el nombre de la chica.

Pero sí recordaba la primera vez que besó a Lucía. Lo recordaría siempre, toda la vida. Fue como volver a casa, como si todos sus sueños se hubieran materializado en aquella mujer pequeña y preciosa a la que había amado desde entonces.

Pero *aquello*… Aquello había sido diferente. Totalmente diferente del beso juvenil que compartió con Lucía. Había sido un beso como ningún otro. Y, aunque se negaba a creerlo, el beso más fieramente apasionado de su vida.

Al principio, cuando ella tomó su cara entre las manos, quiso apartarse. Pero cuando sus labios se rozaron…

Solo cuando el ascensor se detuvo pudo apartarse. Pensar que alguien podría verles evitó que hiciera el ridículo más espantoso.

–¡El café!

–¿Qué?

Gio estaba mirándose al espejo. Despeinado, con la mitad de la camisa fuera del pantalón, la corbata torcida… No podía creerlo. Pero menos podía creer que, después de cinco minutos, siguiera sintiendo el sabor de la boca de Terrie. No sabía si pasarse una mano por los labios para borrar aquel beso o mantenerlo allí, excitante, abrumador, recordándole lo que había sentido.

Y lo que quería volver a sentir.

–El camarero estará a punto de subir con los cafés. Será mejor

que nos pongamos un poco presentables –dijo ella, tomando un cepillo para pasárselo por el pelo.

–No.

Terrie se detuvo, sorprendida.

–¿Qué…?

Pero no pudo terminar la frase porque, de repente, Gio la estrechó en sus brazos y buscó sus labios con desesperación.

De nuevo se veía tragada por el caleidoscopio de sensaciones que la habían asaltado en el ascensor. No podía pensar y le habría importado un rábano que un ejército de camareros entrase en la habitación.

Solo vivía para las manos de Gio, para los labios de Gio, para el ansia que sentía entre las piernas… un ansia que él había creado y solo él podría saciar.

Aquella vez, el beso fue una combinación de dureza y ternura; al principio violento, después suave mientras abría sus labios con la lengua, en una caricia tremendamente erótica. Gio sujetaba su cabeza con las dos manos; una indicación de su fuerza y de la facilidad con que podía usarla para excitar o controlar.

Terrie se sujetó a sus hombros porque le temblaban las piernas. Se sentía como perdida, como si no fuera ella misma.

No oyeron inmediatamente los golpes en la puerta, pero el camarero debía de haber llamado varias veces. Solo se separaron cuando sonó un móvil.

Gio la soltó, murmurando una maldición en italiano.

Abandonada tan inesperadamente, Terrie tuvo que dejarse caer sobre la cama. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué le estaba pasando con aquel hombre?

Gio cruzó la habitación en dos zancadas y, mientras sacaba el móvil del bolsillo, le hizo un gesto al camarero para que dejase la bandeja sobre la mesilla.

–¿Dígame?

Debía de estar esperando esa llamada porque su rostro se transformó por completo. Los duros rasgos parecieron suavizarse y la sonrisa… aquella sonrisa hizo que el corazón de Terrie se detuviera durante un segundo.

La conversación era en italiano, pero entendió una palabra: «*cara*».

Querida.

«Cara mia».

Y esas palabras fueron como una bofetada, como un jarro de agua fría.

Cuando lo miró, tenía un nudo en la garganta y la sensación de haber encontrado algo muy especial… pero que acababan de arrancarle de las manos.

–*Buona notte, cara*.

Terrie apenas esperó un segundo. En cuanto Gio cortó la comunicación, decidió pedirle explicaciones:

–¿Estás casado?

–¿Casado? –repitió él, sin mirarla.

Había algo turbador en su reacción, algo frío, duro.

–Te he oído llamar «querida» a esa mujer. No hablo italiano, pero todo el mundo sabe lo que significa «*cara*». ¿A quién llamabas «querida»?

Gio tiró el teléfono sobre la cama.

–A mi cuñada. Megan Santorino, la mujer de mi hermanastro Cesare. Si no me crees, puedes pulsar el botón de última llamada.

–¡No necesito pulsar ningún botón! –exclamó Terrie.

–¿Me crees o no?

Ella lo pensó un momento.

–Te creo.

Gio tenía los dientes apretados, en un gesto casi violento. Pero entonces se pasó una mano por el pelo, dejando escapar un largo suspiro.

–No pasa nada.

¿Qué significaba eso? ¿Se cancelaba el tema? ¿Seguían donde lo habían dejado?

Pero aquella conversación lo había cambiado todo. Le había mostrado algo que era evidente: no conocía a aquel hombre, no sabía nada de él.

Y también había revelado otra cara de Giovanni Cardella, una muy diferente de la que le había mostrado en el restaurante. Había visto al Giovanni Cardella abogado, el hombre que había estado en los tribunales aquella mañana para ganar un caso de fraude internacional.

Y, francamente, ese hombre daba miedo.

–Está embarazada de siete meses.

–¿Quién?

–Mi cuñada. Espera un niño para mayo. Llamaba para quejarse del calor.

–¡El calor!

Terrie miró hacia la ventana. Como casi siempre en Londres, estaba lloviendo.

–Sicilia tiene un clima muy diferente de Inglaterra.

–Sí, claro.

Gio sonrió. Y ella necesitaba esa sonrisa. Necesitaba ese cambio de actitud. Porque aquello iba demasiado rápido. No lo hubiera creído posible, pero se sentiría devastada si tuviese que dar marcha atrás.

–Bueno, han traído el café.

El camarero también había llevado brandy, el líquido de color ámbar brillante dentro de las copas.

–¿Quieres café, Teresa?

Le gustó aquel tono íntimo, aquella nota invitadora que era como la promesa de un principio, no de un final.

–No –susurró–. No me apetece.

Lo que le apetecía estaba escrito en sus ojos.

Gio respiró profundamente, asintiendo. Y cuando se movió fue para alargar un brazo, invitándola a acercarse.

–Ven aquí –dijo con voz ronca–. Ven aquí, *bellezza*. Vamos a terminar lo que hemos empezado.

Capítulo 5

VEN AQUÍ, vamos a terminar lo que hemos empezado».

Aquellas palabras se repetían como un eco en su cabeza mientras esperaba que Terrie tomara una decisión.

Terminar lo que habían empezado.

¿Qué habían empezado? Y, sobre todo, ¿cómo iba a terminar? ¿Sería capaz de dejarlo en un revolcón, como había pretendido? No lo sabía y, en aquel momento, no le importaba.

Al día siguiente se marcharía sin mirar atrás. Podría decirle adiós y seguir adelante con su vida.

A la mañana siguiente.

Porque lo único cierto era que en aquel momento no podría hacerlo. No podría marcharse sin haberle hecho el amor a esa mujer, sin comprobar si la realidad de Terrie estaba a la altura de la promesa, del ansia que habían despertado esos besos.

Después de dos años de controlar sus impulsos sexuales, de trabajar hasta caer rendido en la cama, era como si el dique se hubiera roto. El muro que él mismo levantó cuando murió Lucía había caído y no podía controlarse. La quería aquella noche y, aunque solo fuera aquella noche, iba a tenerla.

–¿Teresa?

Terrie habría ido a cualquier parte con tal de oír su nombre pronunciado de esa forma. Sin embargo, la corta distancia que había entre la cama y los brazos del hombre le parecía imposible de atravesar.

No podía moverse, le temblaban las piernas y solo era capaz de mirarlo a los ojos. Y allí encontró las fuerzas para levantarse. Era todo lo que necesitaba.

Era dar un paso hacia lo desconocido y necesitaba coraje. No sabía qué pasaría después, solo que debía cerrar los ojos y dar el salto, confiando en que él no la dejaría caer.

Como en el ascensor, sus brazos estaban allí, esperándola. Y cuando levantó la cara, los labios del hombre cayeron sobre ella, duros, exigentes, apasionados.

Las vacilaciones desaparecieron mientras se entregaba a la caricia, el miedo se vio reemplazado por el deseo. Se sentía embriagada por el calor de su cuerpo, por el olor de su colonia.

Gio sujetaba su cabeza, enredando los dedos en su pelo para besarla a placer. Y lo que él quería era lo que Terrie quería. Todo lo que deseaba estaba en aquella pequeña habitación. El resto del

mundo, su pasado, las preocupaciones por el futuro habían desaparecido. Solo existía el presente, aquel hombre y las llamas que se encendían entre los dos.

Y esas llamas la envolvían por completo.

Gio parecía saberlo, intuirlo quizá, porque empezó a tocarla apasionadamente, acariciando sus zonas más sensibles.

Sin embargo, esas caricias no saciaban el deseo de Terrie. Despertaban otro, más profundo, más primitivo. Uno tan potente y tan salvaje como la naturaleza y que exigía satisfacción inmediata.

–Gio…

Lo había dicho como un ruego, como una protesta. Quería más que aquella exploración de su cuerpo a través de la ropa. Quería sentir las manos del hombre sobre su piel, el calor de su carne, la expresión más básica del deseo de un hombre.

Y, al mismo tiempo, quería prolongar aquel momento hasta el infinito, quería que durase una vida entera. Porque solo una vida entera sería suficiente con Giovanni Cardella.

Nunca volvería a ser todo tan nuevo, tan desconocido, tan fresco. Y quería vivirlo todo porque se lo pedía a gritos el corazón. Pero sabía que, por mucho que quisiera retrasarlo, por mucho que quisiera disfrutar y saborear aquel momento, pronto tendría que terminar.

–Oh, Gio…

Aquella vez el tono era impaciente y sintió la sonrisa del hombre sobre su cara.

–Calma, *bella mia*, calma –susurró él sobre su boca–. Tenemos toda la noche.

Pero sabía que era mentira. No podía esperar, no podía retrasarlo más. Era aferrándose a las diferencias como había conseguido mantener el control hasta el momento. Las diferencias entre Teresa y Lucía; la única mujer en su vida durante muchos años.

Y las diferencias le habían parecido importantes al principio. El color de su pelo, por ejemplo. La larga melena rubia cuando el pelo de Lucía había sido corto y oscuro. Las piernas tan largas, que su cara estuviera mucho más cerca de la suya cuando se besaban…

En esos primeros segundos todo le había parecido diferente. Pero cuando Terrie lo besó, Gio abandonó el pasado. Lo único que le importaba era aquel momento.

Y Teresa estaba allí en aquel momento.

Y era lo que deseaba.

Lo que deseaba con todas sus fuerzas.

De modo que la besó de nuevo, perdiéndose en su boca. El calor de esos labios hacía que le hirviera la sangre. Quería disfrutar de todo el placer que le ofrecía, pero al mismo tiempo quería saborearlo, estirarlo, hacer que durase todo lo posible.

Deseaba que la blusa tuviera botones y desabrochar uno a uno para descubrir su tesoro, quería la emoción de la espera… pero cuando se la quitó de un tirón, el deseo enloquecido creció hasta el límite.

Sus esperanzas de ir despacio se fueron por la ventana y, cuando vio sus pechos envueltos en aquel sujetador de encaje rosa pálido, supo que estaba perdido.

–Teresa –murmuró, con voz ronca de deseo–. Teresa, *cara mia, bella mia…*

Terrie estaba perdida en aquel mundo de sensaciones, en el sonido de la voz masculina, en el exótico acento italiano que la hacía temblar de anticipación. El roce de sus manos, la caricia de sus dedos por encima del fino encaje del sujetador…

Esa caricia que despertaba una respuesta salvaje, creando un incendio entre sus piernas.

–Te deseo, Gio. Te deseo…

–¿Crees que no lo sé, *angelina*? Sé lo que deseas porque yo lo deseo también.

De nuevo la besó, sin dejar de acariciar sus pechos.

–No…

–Sé lo que quieres, *cara* –repitió Gio–. Estoy intentando ir despacio. Quiero que disfrutes…

Hablaba como si le costase un mundo contenerse, como si empezara a perder la cabeza. Terrie, más excitada que nunca en toda su vida, apretó la pelvis contra la dura erección del hombre.

Apretando los dientes, Gio bajó una mano para apretar sus nalgas, aplastándola con fuerza contra él.

–Pero si sigues restregándote así, no voy a poder controlarme.

–¿Te he pedido yo que te controles? –preguntó Terrie, provocativamente.

–No quieres que me controle, ¿eh? –murmuró él, sonriendo.

La tiró sobre la cama entonces, casi con brutalidad–. Tú lo has pedido, señorita…

Gio tiró del sujetador hacia abajo, aprisionándole los brazos y dejando los pechos desnudos expuestos a su hambrienta mirada. Cuando se metió un pezón en la boca y empezó a chuparlo con fuerza, Terrie sintió que se mareaba de placer.

–Gio… oh, Gio…

Su nombre era una letanía incoherente, tan incoherente como el temblor de sus manos mientras le desabrochaba la camisa.

Él la ayudó a quitársela y la tiró al suelo. Después, levantó su falda hasta las caderas.

–Medias de seda –murmuró, acariciando el encaje que apretaba sus muslos–. ¿Sabes cómo me ponen unas medias?

Terrie sacudió la cabeza, la melena rubia flotando alrededor de su cara. No lo sabía, pero podía imaginarlo al ver el brillo de sus ojos.

Las braguitas fueron descartadas inmediatamente. Gio la acariciaba con dedos expertos, atormentándola, hasta que Terrie abrió las piernas, sin vergüenza alguna.

–Gio…

–Lo sé, *cara*, lo sé…

Entre los dos consiguieron quitarse toda la ropa, pero la sensación de la piel desnuda solo consiguió encenderla más. Estaba tan cerca del momento que no podía esperar. Y cuando él pareció dudar un momento, se asustó.

–¿Qué ocurre?

–Teresa. No llevo… nada. ¿Y tú?

–No, no, no. No importa. Gio, por favor…

Lo había dicho con desesperación, con un anhelo urgente. Y, al mismo tiempo, levantaba las caderas, invitándolo.

Oyó que Gio lanzaba un suspiro de rendición antes de colocarse encima para embestirla con todas sus fuerzas.

En ese momento parecía haber perdido por completo el control. La tomaba casi con violencia, haciéndole perder la cabeza, olvidarse de todo excepto del hombre que estaba sobre ella… hasta que sintió una explosión que los envolvió a los dos.

Los primeros rayos del sol entrando a través de las cortinas despertaron a Gio y, por un segundo, se preguntó dónde estaba.

Podía oír el ruido de los coches, pero aquella no era su habitación. No era la elegante suite en la que había despertado desde que llegó a Londres.

Mientras su mente intentaba descifrar la información, un murmullo, como el maullido de un gatito, lo despertó del todo.

Teresa.

Los recuerdos golpearon a Gio con la fuerza de una bala.

Teresa. Terrie.

La mujer con la que había compartido cama aquella noche, con

la que había hecho el amor. Y en cuyos brazos había olvidado durante unas horas la soledad y el vacío de su existencia.

Con ella había compartido algo que lo saciaba y lo dejaba hambriento a la vez. No pudo dormir hasta que la tomó una y otra vez, con un deseo abrumador que no pensó experimentar de nuevo en su vida.

En su cama encontró el olvido. Y en aquella mujer encontró una satisfacción sensual que no había experimentado nunca.

La mujer con quien había traicionado el recuerdo de su esposa.

–Oh, Lucía.

Haciendo un esfuerzo, se tragó un gemido de dolor y culpa. A su lado, Terrie se movió de nuevo, la despeinada melena rubia escondiendo su rostro dormido.

Gio se apoyó en un codo para estudiarla. Habría deseado apartar el pelo de su cara, pero el sentido común le decía que no lo hiciera.

Si la tocaba podría despertarla y no estaba dispuesto a arriesgarse… porque si se despertaba todo empezaría otra vez. Si lo miraba con aquellos ojos azules, nacería de nuevo el deseo de la noche anterior, la pasión que lo mantuvo prisionero durante horas.

Pero no podía engañarse a sí mismo. El simple recuerdo lo excitaba, el roce de su piel dormida, tan cálida, empezaba a hacerlo perder la cabeza. Era como una droga.

Tenía que enfrentarse con la realidad; la deseaba de nuevo. La noche de locura que habían compartido no consiguió saciarlo del todo. La deseaba en aquel momento, con un anhelo que ni el sentimiento de culpa ni los remordimientos podían aniquilar.

–*Inferno!* –musitó entre dientes, apartando el edredón, sin importarle que Terrie despertase o no.

Ella debía de estar demasiado cansada porque, aunque se movió de nuevo, siguió dormida, emitiendo una especie de suspiro que le llegaba al corazón.

Pero no podía tocarla. Una noche, se había dicho a sí mismo. Solo una aventura pasajera. No había sitio en su vida para nada más.

Su ropa estaba tirada por el suelo; los pantalones colgando de una silla, la camisa hecha una bola sobre los zapatos. Incrédulo, Gio se pasó una mano por el pelo.

Lo que necesitaba era una ducha. Una larga y reparadora ducha.

O una ducha fría. Algo que pudiera congelar el deseo que lo quemaba por dentro.

Pero no podía arriesgarse. El sonido de la ducha despertaría a Teresa. Y si iba a buscarlo…

–¡No!

Imaginarse en la ducha con ella, desnudos, con el agua caliente cayendo sobre sus cuerpos…

Gio tomó su ropa y entró en el cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí.

Tenía un aspecto terrible. El hombre que lo miraba desde el espejo tenía ojeras y sombra de barba. Su cabello, completamente despeinado, le recordó a Teresa, que había hundido los dedos en su pelo durante un orgasmo que sacudió su cuerpo como si fuera una descarga eléctrica.

Pero tenía que dejar de pensar en ella, tenía que dejar de recordar.

Después de lavarse la cara con agua fría, se pasó las manos por el pelo para intentar recuperar una imagen sobria; la imagen que tenía de sí mismo antes de que una bomba llamada Teresa le hubiera explotado en la cara.

Ella seguía dormida cuando salió del baño, de lado, con la cara oculta por el pelo.

Debería marcharse de allí inmediatamente. Desaparecer sin decir nada.

Pero no podía hacerlo. No podía marcharse. Tenía que decirle algo, aunque solo fuera un adiós.

Suspirando, Gio se dejó caer sobre una silla. Tenía que despertarla.

Dormida, tumbada allí en la cama, era demasiado bonita, demasiado vulnerable. Demasiado inocente.

Por fin, algo debió de despertarla. Gio observó el cambio en su respiración, cómo alargaba una mano para tocar el otro lado de la cama…

–Gio…

La vio parpadear, apartar de sí las telarañas del sueño. Sabía lo que sentía; la desorientación de despertar y no encontrar lo que uno espera.

–Estoy aquí.

Teresa sonrió. Una sonrisa todavía dormida que le daba un aspecto casi angelical.

–¿Qué haces ahí? ¿Y por qué estás ya vestido? ¿Tienes que ir a alguna parte?

–No… no es nada importante.

–En ese caso, quítate la ropa y vuelve a la cama.

–Me temo que eso no es posible.

–¿Por qué?

Su confusión la hacía parecer aún más vulnerable, más joven, más irresistible.

–¡Teresa, no!

–¿Qué?

–No me mires así. Por Dios bendito…

De nuevo, Gio se pasó una mano por el pelo, el gesto más expresivo que cualquier palabra.

–¿Cómo voy a dejarte si me miras así?

Capítulo 6

DEJARTE».

«¿Cómo voy a dejarte?».

Aquellas palabras no tenían sentido para el cerebro dormido de Terrie. ¿De qué estaba hablando?

Cuando despertó, aturdida, tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Pero la placentera molestia que sintió entre las piernas le recordó qué había pasado aquella noche.

Nunca había despertado sintiéndose tan feliz. La noche anterior conoció a un hombre muy especial y estaba convencida de que, tras una noche tan especial, estaba el principio de una nueva vida. Una nueva vida en la que esperaba, rezaba y deseaba que estuviera Giovanni Cardella.

Entonces alargó la mano para tocarlo. Y se llevó la primera desilusión: Gio no estaba allí y su sitio ya estaba frío.

Cuando levantó los ojos lo vio sentado en la silla, de espaldas a la ventana, su rostro en sombras.

Estaba guapísimo, medio despeinado, con sombra de barba, la camisa sin abrochar del todo.

Y a Terrie le parecía más guapo porque ella era la culpable de aquel aspecto, de aquel pelo despeinado.

Sin embargo, cuando le pidió que volviera a la cama, su respuesta fue como un jarro de agua fría.

–¿Qué quieres decir, Gio? ¿Por qué tienes que marcharte?

Él no contestó y una sospecha terrible se instaló en su corazón.

Terrie se incorporó en la cama, pero sintió la necesidad de cubrirse con la sábana. No sabía por qué, ya que él la había visto desnuda por la noche, pero en aquel momento todo era diferente, completamente diferente.

–¿Cuándo volverás?

–Nunca.

Fue una respuesta fría, seca.

–¿Nunca? ¿Por qué? ¿Es culpa mía?

–No es culpa tuya, Teresa. Es algo que no he hecho. O mejor, que no te he dicho.

–No entiendo.

Terrie no lo entendía, pero empezaba a temer.

–Nunca dije que volveríamos a vernos. Nunca te prometí nada, más allá de una noche. Y ahora ha llegado el momento de decirnos adiós.

Terrie intentó despertarse del todo, arrancar los últimos vestigios de sueño, pero cuando lo consiguió deseó no haberlo hecho. Había más emoción en el rostro de la esfinge.

–¿Adiós? –repitió, en un murmullo desolador.

–Adiós.

Gio se levantó.

No había esperado que fuese tan fácil. Pensó que Teresa protestaría, que se lo echaría en cara. O que insistiría en que se quedase.

Y no sabía si habría sido capaz de resistir. Cada vez que la miraba, el deseo se apoderaba de él. Incluso sin mirarla, mientras se ataba los cordones de los zapatos, tenía que hacer un esfuerzo para marcharse.

Cuanto antes se fuera de allí, mejor. Solo tenía que salir de la habitación, cerrar la puerta…

–¡No!

El grito lo dejó perplejo.

–¿Qué?

–¡He dicho que no!

Terrie no sabía qué estaba haciendo. Solo sabía que no podía dejarlo ir. Desnuda, saltó de la cama y lo agarró por la chaqueta.

–No puedes irte.

Gio se volvió, fulminándola con la mirada.

–¿Qué haces?

–No vas a irte sin darme una explicación.

Si la mirada había sido terrible, la expresión de desprecio en el rostro del hombre la dejó helada. Ya estaba desnuda, pero esa mirada la hizo sentirse más desnuda todavía.

–¿Y quién va a detenerme?

–Yo.

Se obligó a sí misma a decir esa palabra. No sabía de dónde había sacado fuerzas, quizá de la mano que agarraba la chaqueta con desesperación.

–¿Ah, sí?

El tono, condescendiente, y la mirada arrogante amenazaban con dejarla sin palabras. Pero no pensaba dejarlo ir así como así.

Gio intentó soltar su chaqueta, pero Terrie no se lo permitió.

–Teresa… vas a romperla.

–Solo dime por qué te vas.

–No tengo por qué darte explicaciones.

–Y yo digo que sí.

Él dio un tirón de la chaqueta y, al hacerlo, un par de cosas

cayeron del bolsillo. Lo primero que Terrie vio fue una cartera de piel negra.

–*Inferno!*

No sabía por qué estaba tan furioso, pero el instinto le dijo que había algo que no quería que supiera. Abandonada la disputa por la chaqueta, Terrie se inclinó para tomar la cartera.

–¡Teresa! Dámela ahora mismo.

–No.

Quería desafiarlo. Pero justo en ese momento levantó la mirada y vio su propia imagen en el espejo.

Era el momento más inoportuno para verse desnuda, en aquella situación.

–¡Oh, no!

Horrorizada, se tapó como pudo con los brazos mientras buscaba desesperadamente algo con qué cubrirse. Por fin, encontró el albornoz y se lo puso, pero con la cartera en la mano no podía abrochar el cinturón.

–Teresa, dame la cartera.

–Si querías que te la diese sin mirarla, deberías haber aparentado que no contiene nada importante. Pero ahora siento curiosidad. Vamos a ver…

Sujetando el albornoz con una mano, Terrie tomó la cartera y la sacudió sobre la cama. De ella cayeron varias cosas: tarjetas de crédito algunos billetes… unas fotografías.

Y supo entonces que eso era precisamente lo que Gio no quería que viese: las fotografías.

–Haz lo que quieras –suspiró él, derrotado.

No había querido que las viera, no había querido que descubriese la verdad sobre Lucía. Sobre su esposa.

Lo cual era absurdo, totalmente ilógico. Solo era un revolcón, alguien con quien había compartido una noche. Y si no hubiera despertado antes de que se fuera, no estarían en aquella incómoda situación.

Pero eso no era cierto del todo. Él había esperado deliberadamente a que despertase para decirle adiós. Se quedó en la habitación, sentado en una silla, retrasando el momento de la despedida. ¿Por qué?

–Echa un vistazo, *cara*. Estás deseando hacerlo.

Perversamente, después de aquella pelea, Terrie había perdido el interés. No quería saber. Tenía miedo de saber.

–No, gracias.

–No te detengas, *carina*. Has luchado como una tigresa para ver

lo que llevaba en la cartera… no seas cobarde ahora.

Eso la hizo decidirse. Terrie se ató el cinturón del albornoz y tomó la primera fotografía. Era un niño, un niño precioso de unos dos o tres años, con el pelo negro y los ojos oscuros.

Y no tenía que decirle quién era. Aquel niño era una réplica exacta de su padre.

–Paolo –murmuró Gio–. Se llama Paolo.

–Y es tu hijo.

Él no contestó, sencillamente asintió con la cabeza.

Era evidente lo que iba a encontrar en las otras fotografías. Sin embargo, aun sabiéndolo, a Terrie le temblaron las manos al ver la foto de una mujer morena.

–¿La madre de Paolo? –murmuró.

–Sí, mi esposa.

Capítulo 7

TERRIE suponía que debía estarle agradecida. Al menos, había sido sincero. Pero no se sentía agradecida en absoluto. Le hubiera gustado ponerse a gritar. Incluso se sintió tentada de abofetearlo.

Pero aunque lo pensaba, aunque la rabia era como una explosión en su cabeza, no podía moverse.

Solo podía mirar la fotografía de su esposa.

Lo que la sorprendió fue que no fuese guapa en el sentido convencional. Era morena y tenía una sonrisa preciosa que su hijo había heredado, pero nadie podría llamarla «guapa» exactamente. No tenía tipo de modelo y sus caderas eran más bien anchas.

–¿Cómo se llama?

¿Por qué lo había preguntado? ¿Por qué quería conocer ese detalle? Su nombre la haría más real.

Pero aquello ya era terriblemente real. Saber el nombre de su mujer, dónde se habían conocido, cuándo nació Paolo… ¿haría que aquello fuera más soportable? ¿Sería menos el dolor?

–Se llama Lucía.

¿Por qué no le contaba toda la verdad? ¿Por qué no había dicho el nombre de su mujer en pasado?

Pero no podía soportar hacerlo allí, en la habitación, al lado de una cama de sábanas revueltas.

No había sido infiel a Lucía en el estricto sentido de la palabra porque ya era imposible, pero le había sido infiel a su recuerdo.

Porca miseria! Debería haberse ido sin decir adiós.

O, más bien, no debería haber pasado la noche allí. No debería haberse dejado llevar por sus más bajos instintos, no debería haber dejado que el deseo físico nublase su razón.

Pero la noche anterior no podía pensar; había sido como una bomba, una reacción que solo tenía que ver con su entrepierna, no con el cerebro.

Y por eso estaba metido en aquel lío.

–Lucía Paolina Cardella.

La clara mirada de Teresa contenía todo el reproche del mundo. Un reproche que se merecía. Pero ella sabía que solo era por una noche. No podía haber esperado nada más.

–Me alegro de que me lo hayas contado por fin.

Pero su tono decía exactamente lo contrario y la mano que sujetaba la fotografía temblaba tanto que amenazaba con romperla.

–*Scusi*… la estás arrugando.

–¿Y qué?

Durante un segundo, se sintió tentada de romper la fotografía, pero decidió no hacerlo. No era culpa de Lucía que su marido le fuese infiel.

–Toma –murmuró, tirándola sobre la cama.

Ver con qué cariño la guardaba Gio en la cartera fue como una puñalada en su ya dolorido corazón.

–Lo siento.

–¿No crees que es un poco tarde para preocuparse? Habría sido mejor que lo hicieras anoche. O, al menos, podrías haber intentado lo de «mi mujer no me entiende».

–No sería cierto –murmuró él, mirando la fotografía–. Si quieres saber la verdad, Lucía siempre me entendió perfectamente.

–Pobrecilla… Siento que esté casada con un hombre como tú.

Las últimas palabras le salieron temblorosas, casi en un sollozo. Cuando miró a Gio, Terrie vio de nuevo aquella expresión indescifrable y no pudo contenerse más; las lágrimas asomaron a sus ojos y tenía que hacer un esfuerzo para no ponerse a llorar como una niña.

–¿O también ella tiene sus líos? ¿Es eso, Gio? ¿El vuestro es un matrimonio abierto?

–¡No!

Parecía horrorizado, como si aquella idea le rompiera el corazón.

No, eso no. Giovanni Cardella no tenía corazón. Si fuera así, no engañaría a su mujer.

–¿Estás seguro?

–Lucía nunca me haría eso. Ella tiene sentido del honor…

–¡Y yo también!

Gio parecía dudarlo. O, al menos, la miraba como si no la creyese.

–No suelo ir por ahí acostándome con hombres casados. Pero tú no tuviste la decencia de contármelo. ¡Me mentiste!

–No…

–No, en realidad no era una mentira. Sencillamente no me contaste la verdad. En lugar de hacerlo, decidiste distraerme con historias sobre tu cuñada que vive en Sicilia… donde supongo que también vive tu mujer.

–No.

–¿Entonces? ¡No, no me lo digas! ¡No quiero saber nada sobre ti, ni sobre tu mujer, no quiero saber nada en absoluto!

Pero estaba mintiendo. Quería saber por qué se acostó con ella.

¿De verdad solo había querido un revolcón, nada más?

–Teresa…

Pero el rico sonido de su nombre que unas horas atrás aceleraba su corazón era insoportable en aquel momento.

–¡No lo digas! No quiero excusas… ¡no quiero oír una palabra más! –exclamó Terrie, paseando furiosamente por la habitación–. ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo has podido hacerlo?

Mirarlo a los ojos fue un error. Un terrible error.

Porque en ellos vio algo peligrosamente parecido a… la compasión. Y eso era lo último que necesitaba de Giovanni Cardella.

Pero no podía ser compasión. No creía que Gio fuera capaz de sentir emoción alguna por nadie.

–¿Estás diciendo que tú no tuviste nada que ver? ¿Que lo de anoche fue solo cosa mía?

Eso estaba mejor. Prefería una pelea, prefería que intentara defenderse.

–¡No estoy diciendo eso!

Ella no era una cría y si se acostó con él fue por decisión propia, nadie le había puesto una pistola en el pecho.

–Pero al menos yo he dicho la verdad. No te mentí.

–¡Ni yo tampoco!

–¿Ah, no? No me dijiste que estabas casado, me llamabas «*cara mia…*»

–Anoche habría dicho cualquier cosa. Y seguro que tú también. En ese momento, todos decimos cosas que no sentimos.

–¡Para conseguir algo! Eso es lo que hacen los hombres: decir cualquier cosa para conseguir lo que quieren, ¿no?

–Yo…

–¡No intentes justificarte! Todo era mentira, ¿verdad? ¡Todo! Hasta… cuando me llamas «*bellezza*».

–No, eso no es cierto. Eres preciosa, Teresa. Y tú lo sabes.

Por un segundo Terrie lo creyó, pero enseguida se dijo a sí misma que eso era lo que él quería.

¿Iba a seguir escuchando mentiras? ¿Iba a seguir dejando que la engañase?

–No, de eso nada –murmuró, dando un paso atrás–. No quiero escuchar una palabra más.

–¡Por favor! –exclamó Gio entonces–. No te hagas la ofendida. Tú querías hacerlo tanto como yo. ¡Tú me trajiste a tu habitación!

–¿Qué quieres decir, que te seduje?

–No, pero los dos sabíamos para qué me traías aquí. Tú misma

sugeriste subir a tu habitación en lugar de tomar café en el vestíbulo del hotel. ¿Qué esperabas?

–¡Te invité a tomar un café y tú pensaste que me habías comprado con una cena!

–¿Y no es así? –replicó él, furioso.

–¡No!

Gio pensaba que la había conseguido por muy poco, pero lo de la noche anterior le había costado mucho más de lo que él podría imaginar.

–Perdóname, pero no estoy de acuerdo. Los dos vimos una oportunidad y la aprovechamos. Eso es todo.

Una oportunidad para darse un revolcón.

Terrie no sabía qué le dolía más, la implicación de que se habría ido con cualquiera o la contraria, que si él hubiera tenido dónde elegir, quizá no la habría elegido a ella.

En realidad, se lo puso muy fácil. Desde que lo vio en el bar se había quedado fascinada como una quinceañera.

–Pues es una pena que no te tomases el brandy. Iba con todo lo demás, ¿no? –murmuró, tomando una de las copas–. ¿Quieres tomarlo ahora?

Sin pensar, le lanzó el contenido a la cara.

–¿Qué haces?

–¿Te gusta? –rio Terrie, viendo cómo Gio intentaba limpiarse el líquido de la cara, perplejo–. Ah, y como también has pagado por esta…

Sin darle tiempo a reaccionar, le tiró el contenido de la segunda copa.

–¡Maldita sea! –exclamó Gio–. Eres una…

–Ahórrate los insultos –le espetó Terrie, llena de ira–. Sé lo que piensas de mí y no me apetece oírlo otra vez. Anoche cometí un error y te aseguro que, de haberlo sabido, las cosas habrían sido muy diferentes.

Si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría salido corriendo.

–Lo mismo digo –replicó Gio.

–No podemos dar marcha atrás, es demasiado tarde. Pero quiero que te vayas.

–Teresa…

–¡Ahora mismo! –gritó Terrie–. Quiero que te vayas y me dejes en paz.

Quería esta sola para lamer sus heridas en privado. Y estaba decidida a no llorar delante de él.

–Escúchame…

–¿No has tenido suficiente? Tengo aquí el café…

–No hagas tonterías. Ya me voy –suspiró Gio.

–¡Y no vuelvas!

–No te preocupes por eso. Prefiero meter la cabeza en la boca de un león hambriento antes que volver a verte. ¡Hasta nunca!

–¡Hasta nunca!

Fue lo único que pudo decir antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas. Afortunadamente, Gio ya estaba en el pasillo para entonces.

El ruido de la puerta al cerrarse fue la señal de que, por fin, estaba sola. Sola y libre para expresar la volátil combinación de rabia, dolor y pena que amenazaba con partirle el corazón.

Tirándose sobre la cama, Terrie empezó a golpear la almohada, deseando que fuera el torso de aquel estafador. Los huesos que protegían su duro corazón.

–¡Te odio, te odio, te odio!

Gio se dirigió hacia el ascensor a grandes zancadas, dando las gracias al Cielo porque a aquella hora de la mañana el pasillo estaba desierto. No habría podido explicar qué hacía con ese aspecto y apestando a brandy.

¿Qué estaba haciendo?

La pregunta lo sorprendió cuando estaba pulsando el botón del ascensor.

¿Cómo se había metido en aquel lío?

Si le hubiera dicho a Terrie que Lucía había muerto, que era un hombre libre, ella no se habría sentido tan dolida, tan engañada.

Y tenía derecho a sentirse así, pensó cuando se abrían las puertas. Tenía derecho a sentirse estafada y herida al creer que estaba casado y que aquello solo había sido una aventurilla de una noche.

Pero él quería que creyera eso. Prefería que lo creyese un marido infiel, que las había engañado a las dos, a su mujer y a ella.

Mejor eso que la verdad.

Porque, ¿cuál era la verdad?

Las puertas del ascensor se cerraron y el ruido metálico le hizo darse cuenta de que estaba mirando al vacío.

Gio pulsó el botón de nuevo, furioso consigo mismo.

La verdad era que su calculado plan había fallado.

Lo de la noche anterior debería haber sido un revolcón puro y simple. Sin emoción, sin compromisos, sin discusiones.

Madre di Dio!

Gio se pasó una mano por el pelo, pero tuvo que sonreír al

mirarse al espejo. Tenía un aspecto lamentable. Y con ese olor a brandy parecía un borracho. ¿Dónde estaba el abogado serio y contenido que ganó un caso en los tribunales el día anterior?

Aquella mañana, con su silencio, se había condenado a sí mismo más efectivamente que si hubiera ofrecido pruebas.

Le había escondido el detalle de que Lucía estaba muerta porque algo le impidió que lo dijera.

Y ese «algo» era que había querido que Teresa lo odiase. Así le dolería menos, se dijo. Se olvidaría de él y seguiría adelante con su vida sin recordarlo siquiera.

Quiso asegurarse de que no había vuelta atrás; que aunque, en un momento de locura, hubiera querido volver a verla, ella le daría con la puerta en las narices.

Y funcionó a las mil maravillas. Teresa lo había rechazado con la violencia que esperaba y era libre; sin ataduras ni compromisos.

Pero no le gustaba nada.

–*Dannazione!* –murmuró, cuando se abrían las puertas del ascensor–. ¿Qué demonios me pasa?

Sacando la tarjeta del bolsillo como si fuera un arma, la introdujo en la cerradura con una fuerza que expresaba toda su frustración.

Una frustración debida a que no había marcha atrás. Y no era eso lo que quería.

En realidad, quería volver a experimentar lo que experimentó con Teresa aquella noche. Quería disfrutar de nuevo la pasión que había encontrado en ella. Quería disfrutar la calidez de tenerla en sus brazos.

Y era una terrible ironía descubrir que, por mucho que quisiera, ya no podría hacerlo.

Él mismo se había condenado.

Capítulo 8

EL SÁBADO solía ser el mejor día de la semana. Un día en el que podía levantarse tarde y hacer lo que le apetecía sin tener que ir a trabajar.

Pero aquel sábado era diferente, pensaba Terrie, mientras se ponía unos gastados vaqueros y una camiseta rosa. O, más bien, parecía un día normal.

La semana anterior tenía trabajo. No el mejor trabajo del mundo, desde luego, pero un trabajo al fin y al cabo. Algo con lo que pagar el alquiler y mantener cierto grado de autoestima.

Pero ya no tenía trabajo. Tras su ausencia el último día del seminario, había sido despedida. Aunque eso era de esperar y, además, estaba harta de trabajar en Addisons.

Y, como resultado de la aparición de Giovanni Cardella en su vida, tenía la autoestima por los suelos.

–¿Y ahora qué hago?

Pero la pregunta era absurda. No tenía nada que hacer.

Se había pasado la semana limpiando el apartamento, pero como era un pequeño estudio con salón–cocina y dormitorio, la tarea terminó pronto.

Y después de hacer la compra en el supermercado, el fin de semana se presentaba largo y aburrido.

Cuando sonó el timbre, Terrie casi saltó de alegría. El portal estaba cerrado, de modo que debía de ser algún vecino.

–¿Eres tú, Barbara?

Como esperaba ver a su vecina, la aparición de un hombre alto, moreno e impresionante la dejó sencillamente estupefacta.

–Buenos días, Teresa –dijo una voz con acento italiano que no había esperado oír nunca más en su vida.

–¡De eso nada!

Terrie empujó la puerta, pero Gio fue más rápido y la detuvo con el pie.

–Buenos días, Teresa –repitió, con una sonrisa que habría derretido un iceberg–. Es un placer verte de nuevo.

–No esperarás que el sentimiento sea mutuo. Si no recuerdo mal, dije que no quería volver a verte.

–Pensaba que el paso del tiempo te habría hecho reflexionar.

–¡Para nada! No tengo nada que reflexionar. Me parece que dejé mis sentimientos muy claros, Gio.

–Pero podríamos hablarlo, ¿no? –sonrió él. Terrie apretó los

dientes–. Bueno, menos mal que he venido preparado.

–¿Preparado para qué?

Terrie se quedó boquiabierta cuando él le dio una bolsa.

–Te he traído un regalo.

–¿Qué?

A pesar de todo, la curiosidad pudo con ella. En la bolsa había una enorme botella de coñac, la más grande que había visto en su vida, y una copa de globo hecha del más delicado cristal.

–Pero…

–Se me ha ocurrido traerte munición. Por si acaso querías seguir tirándome cosas.

Terrie se encontró a sí misma sonriendo. Pero inmediatamente se puso seria.

–¿Qué significa esto, Gio?

–Creo que no expresaste tus sentimientos del todo la última vez.

–¿Ah, no?

¡Aquello era imposible, absurdo! Quería estar furiosa, disgustada. Quería esconderse tras la rabia que la asaltó en la habitación del hotel como si fuera un escudo protector. Pero no podía encontrarla.

La repentina aparición de Gio la había pillado por sorpresa. Y, además, usaba el único arma que no habría anticipado: el humor.

–Prometo no apartar la cara siquiera.

Su tono resignado fue la gota que colmó el vaso. Terrie intentó evitarlo, pero no pudo contener una carcajada.

–Muy noble por tu parte. ¿Se supone que esto es una disculpa?

–Creo que te la debo –dijo él.

¿Aquel era el mismo Giovanni Cardella que conoció en el hotel una semana antes o había sido abducido por los extraterrestres?

–¿Una disculpa por qué? –preguntó por fin.

–Por no decirte toda la verdad. Mira..

El tono de contrición desapareció inmediatamente, para ser reemplazado por una nota de controlada impaciencia. Aquel era el Gio que conocía.

–¿No sería más fácil hablar dentro? Aquí pueden…

–¡Menuda cara tienes!

Sorprendida por su aparición, por el regalo, por el tono humorístico, había estado a punto de dejarse engañar otra vez. Incluso dio un paso atrás para abrir la puerta.

Pero no pensaba dejarlo entrar en su casa. No podía hacerlo si quería mantener la cabeza sobre los hombros.

–¿Por qué no puedo entrar?

–Apareces aquí, de forma inesperada… ¿cómo has entrado en el portal? –preguntó Terrie entonces.

–Me dejó pasar una señora. Dijo que vivía enfrente de ti.

Barbara, por supuesto. Barbara estaba divorciada y se volvía loca por una cara bonita, de modo que Gio debía de haberle parecido irresistible. Si le había regalado una de sus sonrisas, seguramente se habría derretido. Y si, además, había utilizado el carismático acento italiano, sin duda Barbara habría estado a punto de desmayarse.

Pero ella no era tan fácil de convencer.

–Pues puedes marcharte por donde has venido. No tengo nada que decirte… y no hay nada que quiera oír.

–Mi mujer ha muerto –dijo Gio entonces.

–¿Qué?

Por un momento, le pareció que el mundo dejaba de girar y tuvo que cerrar los ojos para mantener el equilibrio. Intentó agarrarse a la puerta, pero lo que tocó fue la chaqueta de Gio. Podía sentir el calor de su piel a través de la tela…

Haciendo un esfuerzo, Terrie volvió a abrir los ojos y lo miró, horrorizada.

–No, no, Teresa. No quería decir que hubiese muerto recientemente.

Ella dejó escapar un largo suspiro de alivio. No quería ni pensarlo. Si Lucía hubiera muerto durante aquella semana se sentiría culpable para siempre por haberla traicionado en sus últimos días.

–Dios mío…

–Creo que deberías sentarte –murmuró él, llevándola hasta el sofá.

Por supuesto, estaba manipulándola de nuevo, pensó Terrie. No había querido dejarlo entrar y, con aquella nueva información, Gio consiguió lo que deseaba. De algún modo, siempre se salía con la suya.

–No quiero sentarme. Y creo que deberías darme una explicación.

Gio respiró profundamente. Hablar de ello era muy doloroso. Decir: «mi mujer está muerta» era todavía una frase que le partía el alma. Tuvo que decirlo sin pensar, como si le arrancaran las palabras, o habría vuelto a callarse como un cobarde.

Y se había jurado a sí mismo no volver a serlo con Teresa.

–¿Qué quieres saber?

–Quiero saberlo todo.

Durante aquella semana había intentado convencerse a sí mismo de que no sentía nada por ella, que todo era una ilusión. Que la noche que pasaron juntos no fue más que una aventura pasajera.

Se decía a sí mismo que ninguna mujer podía afectarle tanto, que no podía estar tan fascinado solo por una noche, que exageraba el efecto que Teresa ejercía en él.

Aquella obsesión era debida a que había estado dos años sin mantener relaciones sexuales, dos años de celibato tras la muerte de Lucía.

Teresa no podía ser tan inolvidable, tan irresistible.

Pero al verla de nuevo supo que se había engañado a sí mismo. Era todo lo que recordaba… y más. Cuando abrió la puerta se quedó sin aire. Y estar tan cerca de ella sin poder tocarla, sin poder besarla… era una tortura insoportable.

Pero tenía que mantener las distancias. Al menos, hasta que le hubiera dicho la verdad.

–¿Por dónde quieres que empiece?

La mirada de desprecio de Teresa habría fulminado a un hombre con menos carácter. Pero Gio no pensaba dejarse amedrentar.

–Lo mejor sería empezar por el principio.

El principio. Cuando Lucía y él eran jóvenes e inocentes. Poco más que unos niños cuando decidieron que estaban hechos el uno para el otro. Pero esos eran sus recuerdos. Teresa no tenía derecho a compartirlos.

–Gio… Si quieres contármelo bien, si no…

Terrie no terminó la frase. Sencillamente, miró hacia la puerta con la barbilla firmemente levantada.

Él se pasó una mano por el pelo, nervioso.

–Lucía y yo estuvimos casados más de diez años…

–¡Diez años! Entonces, debíais de ser…

–Novios desde muy jóvenes, sí. Ella era todo lo que yo quería en una mujer. La amé desde el primer día y nunca dejé de amarla.

Gio había amado a su mujer. No tenía duda de eso, lo veía en sus ojos, en su voz ronca, llena de emoción.

Lo que sintió por su mujer era verdadero amor. La clase de amor con la que ella había soñado, la clase de amor que esperaba encontrar algún día.

Pero Gio no sentía eso por ella. Le entregó el corazón a otra mujer mucho tiempo atrás y empezaba a preguntarse si quedaría algo para otra persona.

–¿Qué pasó?

–Nos casamos y durante un tiempo tuvimos todo lo que

deseábamos, incluso el hijo con el que habíamos soñado.

–Paolo.

–Sí, Paolo.

Algo cambió en la expresión de Gio. Con un abrupto movimiento, se apartó de ella para acercarse a la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón. Parecía concentrado en el tráfico de la calle, pero a Terrie no le pasó desapercibido el sospechoso brillo de sus ojos.

El deseo de tocarlo, de consolarlo, era abrumador, pero no se atrevió a hacerlo. Si la rechazaba no podría soportarlo.

Desde que apareció en la puerta, sus emociones eran una montaña rusa: primero la alegría de verlo en su casa, después la desesperación al descubrir que nunca podía significar nada para él.

Quería odiarlo. Odiarlo por cómo la había tratado, por cómo la había usado para descartarla después. Pero no sentía odio por él. Lo intentó y, a pesar de todo, no pudo hacerlo.

Y eso le daba mucho miedo.

–Así que nació Paolo…

Tuvo que hacer un esfuerzo para hablar. La actitud de Gio era distante; más que eso, parecía decir: «Aléjate». «El que traspase esta línea será detenido». No tenía que decirlo. Las palabras estaban en el aire como una nube negra.

–¿Qué pasó?

–El niño nació bien, Lucía estaba bien. O eso pensó todo el mundo. Nos llevamos a Paolo a casa…

Gio se volvió y Terrie tuvo que morderse los labios. La expresión de dolor que había en sus ojos, en sus facciones, le encogía el corazón.

–Un día, empezó a quejarse porque le dolía la cabeza –suspiró él entonces–. Fue diez días antes del cumpleaños de Paolo. Murió esa misma noche. No pudieron hacer nada por ella. Una hemorragia cerebral, dijeron los médicos. Algo que nadie podía predecir.

–Oh.

Hubiera querido abrazarlo, llorar con él… Terrie alargó una mano, pero la apartó inmediatamente, temiendo ser rechazada.

–Y cada día desde entonces me he ido a la cama deseando haberle dicho que la quería una vez más.

–Yo…

–¡No! No digas que lo sientes. No quiero oír eso nunca más en toda mi vida. Tuve que oírlo mil veces tras su muerte. Todo el mundo decía que lo sentía…

–Solo intentaban consolarte, Gio.

–Pues no me consolaban en absoluto. ¿Por qué cree la gente que diciendo eso te ayudan?

–No lo sé –admitió ella–. No puedo saberlo porque nunca he sufrido una pérdida tan terrible.

–Al menos eres sincera. No te podrías creer la cantidad de gente que dice entender lo que sientes.

–Yo no lo intentaría siquiera.

Terrie deseaba poder hacer algo por él, cualquier cosa. Pero solo se le ocurría algo práctico, algo que borrase el pasado en la medida de lo posible.

–¿Quieres una copa? ¿Por qué no te sientas un momento?

–¿Quieres decir que esta vez puedo beberme el brandy? ¿No me lo tirarás a la cara?

Intentaba bromear y el esfuerzo que le costaba hacerlo decía más sobre sus sentimientos que todas las lágrimas. Terrie respondió con una sonrisa.

–Quizá es un poco pronto para el brandy. ¿Qué tal un café?

–Muy bien.

¿Sabía Gio cuánto agradecía poder escapar, aunque fuera solo durante unos minutos? ¿Se daba cuenta de que necesitaba recuperar la compostura o pensaría que estaba sencillamente siendo una buena anfitriona, que su dolor le daba igual?

Solo necesitaba unos minutos para concentrarse en los asuntos prácticos. Tenía que refugiarse de todas aquellas emociones.

Concentrándose como si fuera un asunto de vida o muerte, Terrie llenó la cafetera de agua, echó el café, sacó las tazas…

Estaba sacando la leche de la nevera cuando oyó la voz de Gio detrás de ella:

–Yo lo tomo solo.

Ella asintió, nerviosa.

–Muy bien. Casi mejor porque esta leche lleva aquí una semana…

Estaba hablando por hablar, para llenar el silencio, para olvidar el hecho de que él estaba a su lado, tan cerca que podía oír su respiración.

–¿Azúcar?

–No, gracias.

Tuvo que darse la vuelta. Tenía que hacerlo si no quería parecer una idiota. La cocina era diminuta, pero con la imponente presencia de Gio había quedado reducida al tamaño de una caja de cerillas.

–¿Por qué no me preguntas, Teresa?

–¿Preguntar qué?

–Sabes muy bien a qué me refiero. La pregunta que quieres hacer desde que abriste la puerta.

–¿Qué pregunta es esa?

Lo sabía perfectamente, por supuesto. Pero no quería decirlo en voz alta.

–Quieres saber por qué estoy aquí, qué quiero de ti. ¿Por qué no me lo preguntas?

Capítulo 9

SÉ POR qué has venido.

–Pues dímelo.

Terrie sabía que estaba evitando el tema y sospechaba que Gio lo sabía también. La cocina era tan pequeña y había tanta tensión entre los dos que apenas podía respirar.

–Has venido a pedirme perdón. Al menos, eso es lo que has dicho.

También había dicho: «Tú sabes por qué estoy aquí. Lo que quiero de ti», pero no pensaba entrar en ese territorio. Era demasiado peligroso. No sabía que amenazas, qué riesgos la esperaban.

–Pero no me has pedido perdón, ¿no?

No podía seguir mirando la cafetera sin parecer una idiota, de modo que levantó la cara.

–He dicho que lamento no haberte contado la verdad.

–Muy bien. ¿Y qué más quieres?

Había un reto en los ojos oscuros del hombre. ¿Se habría recuperado tan rápidamente o era un genio escondiendo sus emociones tras una máscara? Terrie no estaba segura de querer conocer la respuesta.

–No voy a disculparme por algo que consentimos los dos –dijo Gio entonces, clavando en ella sus ojos–. ¿O intentas decir que te forcé?

–Por supuesto que no –replicó Terrie. Era imposible porque sería una mentira–. No estoy diciendo eso.

–*Bene!* Yo no me siento culpable por algo que los dos queríamos –dijo él entonces, mirando descaradamente sus pechos–. Algo que los dos queremos hacer otra vez.

Aquello fue demasiado. Si había ido a insultarla…

–¡Puede que tú quieras hacerlo! –protestó ella, furiosa–. Pero yo no recuerdo haber dicho nada parecido.

–No lo has dicho, pero a veces no hay necesidad de decir ciertas cosas. Las señales están ahí, en una mirada, en una sonrisa… –mientras hablaba, Gio alargó una mano para acariciar su rostro–. Un brillo en los ojos que no se puede esconder…

Terrie se apartó.

–¡No! Te equivocas. O quizá sencillamente ves lo que quieres ver. Tus sórdidas fantasías no son ciertas, lo siento.

–¿No lo son?

La sonrisa perezosa del hombre le hizo sentir un escalofrío por la espalda, aunque no podría decir si de miedo o de emoción.

–Puedes negarlo todo lo que quieras, *carina*, pero soy yo quien te está mirando a los ojos… y te aseguro que no hay nada sórdido en mis fantasías, nada en absoluto. Sencillamente, quiero repetir los placeres de la noche que pasamos juntos. Y estoy seguro de que tampoco tú consideras esos placeres como algo sórdido. ¿Cómo ibas a hacerlo si fuiste tú quien instigó la mayoría de ellos?

La había acorralado; si no mental, físicamente. Y Terrie decidió no contestar. ¿Para qué? Era cierto.

Pero ese comentario había logrado despertar recuerdos que quería olvidar, proyectando escenas eróticas de aquella noche. El simple roce de su dedo le había hecho recordar el sabor de su piel y las zonas más íntimas de su cuerpo despertaron a la vida sin que pudiera evitarlo.

Y la razón para aquellos sentimientos estaba delante de ella, dominando el pequeño espacio de la cocina y haciéndola sentirse del tamaño de un guisante.

Tragando saliva, Terrie decidió cortar por lo sano.

–Creo que estaríamos más cómodos en el sofá.

¡Cómodos! Menuda ironía. Sentirse cómodo era imposible cuando estaba tan cerca de esa mujer. Todo su cuerpo se ponía en alerta roja solo con su olor, con el sonido de su voz.

Y tocarla había sido un error. Un terrible error.

En cuanto rozó su piel recordó los apasionados besos, el húmedo interior que lo había recibido incontables veces durante la noche… y el deseo de tomarla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido empezaba a ser insoportable.

Pero no podía hacerlo. La última vez que la besó terminaron los dos en una situación que no pudieron controlar.

Y aquella noche se había prometido a sí mismo pensar con la cabeza y no con lo que había bajo su pantalón.

–Muy bien. Adelante.

Pero también eso fue un error, porque para que Teresa pudiera pasar delante de él en aquella diminuta cocina tuvieron que tocarse. El roce de sus nalgas sobre su ya endurecida entrepierna fue una tortura. El sedoso pelo rubio rozó su cara mientras pasaba delante de él con la bandeja y Gio tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no hundir los dedos en aquella seductora melena.

¿Cómo podía Teresa reducirlo a tal estado de esclavitud sexual? ¿Cómo era posible que el mínimo roce lo dejase sin aliento?

–¿Gio? ¿Vienes?

–Sí, sí. Claro que sí.

Pero no podía sentarse. Se sentía como si caminara sobre brasas. Y, sin saberlo, Terrie empeoró el asunto sentándose con las piernas dobladas sobre el sillón.

Parecía una niña inocente con el pelo rubio cayendo alrededor de su cara como un halo. Pero el cuerpo que había bajo aquella camiseta era el cuerpo de una mujer. La postura hacía que la tela de los vaqueros se pegase a sus caderas y sus muslos, añadiendo más provocación al tormento.

–¿Por qué has venido? –preguntó Terrie entonces, sirviendo el café.

¿Cómo podía contestar a eso? Nervioso, Gio tomó un sorbo de café para buscar tiempo. Pero quizá lo mejor sería decir la verdad.

–He venido porque no podía dejar de pensar en ti.

–Ya, claro –murmuró ella, escéptica.

–De verdad. Quiero ser sincero contigo…

–Y yo también.

–Te contaré la verdad si te callas y me dejas hablar, Teresa. ¿Nunca dejas hablar a la gente?

–En general, sí.

–Muy bien. Esta vez quiero contarte la verdad, toda la verdad.

Y nada más que la verdad. Esas palabras le recordaron que Gio era un abogado de renombre internacional. Desde que se conocieron, no dejaba de leer cosas sobre él en los periódicos. No entendía cómo nunca antes se había fijado en aquel nombre.

–Muy bien. Adelante.

–Como te he dicho antes, he venido porque no podía dejar de pensar en ti. La semana pasada creí que lo mejor era no volver a verte. Y pensé que eso era también lo que tú querías.

–¿Qué crees que quería yo?

–Un revolcón, una aventura de una noche, nada más. Un poco de diversión.

–¡Diversión! Pensabas que… bueno, déjalo. Sigue.

Gio estaba paseando por el salón con las manos en los bolsillos, como un tigre enjaulado.

–Pensé que podría olvidarme de ti, pero no he sido capaz de hacerlo.

Terrie se irguió en el sofá. Sin poder evitarlo, empezaba a albergar cierta esperanza.

–No podía comer, no podía dormir. No podía concentrarme en el trabajo… Tenía que verte. No podía marcharme sin verte una vez más.

–¡Marcharte!

–Me voy mañana, Teresa.

–¿Adónde?

–A mi casa, a Sicilia.

«Me voy», no «iba a marcharme» o «había pensado marcharme».

Terrie no sabía qué era peor, que se hubiera ido sin decir una palabra o tenerlo allí, delante de sus ojos, haciéndole albergar locas esperanzas de que lo suyo no fuera solo un revolcón de una noche, de que hubiera un futuro para aquella relación.

Y en ese momento se dio cuenta de lo importante que era esa esperanza para ella.

–Entonces, ¿esto es un adiós?

–No tiene por qué serlo.

–Pero eso es lo que has venido a decir, ¿no? Que te vas.

–Teresa…

Gio se sacó una mano del bolsillo para pasársela por el pelo.

–Tengo que irme. El martes mi hijo cumplirá tres años.

Claro. Paolo.

–¿Quién cuida de él?

Tenía que decir algo, cualquier cosa para llenar el silencio. Porque no sabía qué decir. Gio se marchaba a Sicilia y ella no podía detenerlo.

¿Quería detenerlo?

La idea de decirle adiós la llenó de angustia y esa fue la respuesta. Pero era una respuesta que no resolvía ningún problema. Todo lo contrario.

–… en Taormina –terminó Gio.

Horrorizada, Terrie descubrió que no lo había estado escuchando.

–Perdona, ¿quién vive en Taormina?

–Los abuelos de Paolo.

–Ah, ya.

Gio no cuestionó su falta de atención, afortunadamente. No podía decirle que estaba haciendo planes, que estaba rezando para que aquello no terminase allí.

–Mi madre y mi padrastro. Aunque a veces se queda con Cesare y Megan.

–Ah, Megan, tu cuñada.

El nombre le recordó la conversación que mantuvieron la noche del hotel. Justo antes de que se volviera con los brazos abiertos…

«Ven aquí, *bellezza*», le había dicho. «Vamos a terminar lo que hemos empezado».

–¿Cesare es tu hermano?

–Mi hermanastro. Mi padre murió cuando yo tenía un año y mi madre volvió a casarse. Tuvo a Cesare con su segundo marido, Roberto Santorino.

–¿Y desde cuándo no ves a Paolo?

–Desde hace tres semanas.

El gesto de Gio le dijo que no era de aquello de lo que quería hablar, pero a Terrie le daba igual. Cada palabra, cada pieza de información era un ladrillo más en el muro tras el que quería esconderse. La barrera con la que se defendería cuando le dijese adiós para siempre.

–Te habrá echado de menos.

–Hablo con él todos los días por teléfono, pero no es lo mismo. Eso no es igual que abrazar a alguien cada noche.

–No.

Terrie solo pudo decir eso porque tenía un nudo en la garganta. Si Gio volvía a Sicilia, se terminaría todo, jamás volvería a saber de él. Seguramente, ni siquiera volvería a recordar su nombre, a pesar de que, según acababa de decirle, no podía dejar de pensar en ella.

Y a ella solo le quedarían los recuerdos. Recuerdos que, a juzgar por lo que había sufrido durante aquella semana, la asaltarían por las noches, cuando estuviera sola.

–Supongo que… Paolo estará deseando que vuelvas.

–Y también está deseando conocer a mi nueva amiga.

Terrie levantó la mirada. No entendía…

–¿Qué? –exclamó entonces, con los ojos muy abiertos.

–Mi hijo está deseando conocer a mi amiga –repitió Gio–. Quiere conocerte.

–¿Qué quieres decir?

–Es muy sencillo, Teresa. Tengo que volver a Sicilia y quiero que vuelvas conmigo.

–Pero…

Terrie dejó la taza sobre la mesa. No tenía fuerzas para sujetarla. ¿Había dicho aquello o lo estaba soñando?

–Me voy a Sicilia esta noche y quiero que vengas conmigo.

–¿Por qué? –preguntó ella, casi sin voz.

Gio dejó escapar un suspiro impaciente.

–Teresa, *cara,* ya te lo he dicho.

–¡Pero no te creo!

No se atrevía a creerlo. No quería que le partiese el corazón… otra vez.

–Créelo porque es cierto –dijo él, apoyando las manos en ambos

brazos del sillón–. Créelo, *bellezza*, porque es la verdad. Quiero que vengas a Sicilia conmigo porque esta semana creí que me volvía loco sin ti. Porque me he pasado los días pensando en ti cuando debería estar trabajando.

–¿De verdad?

–De verdad –contestó Gio.

Terrie levantó la mirada. Su corazón le decía: «Quiere que me vaya con él, quiere que me vaya con él».

–Pero yo no sé…

–Quiero que vengas conmigo porque por las noches sueño con abrazarte… con pasar los dedos por tu pelo, con besarte en los labios.

Gio enredó los dedos en su pelo y la besó en la boca con un desespero que la dejó sin aliento. Terrie, abandonada toda pretensión, le devolvió el beso con todo el fervor que había estado conteniendo aquellos días.

Entonces él la levantó del sillón para aplastarla contra su torso, como si hubiera estado toda una vida conteniéndose. Exploraba su cuerpo con manos temblorosas mientras la apretaba fieramente contra su pelvis.

Aquel beso le estaba robando el alma, llevándose con él su capacidad de pensar racionalmente, de razonar. Solo podía besarlo, abandonarse a aquella fuerza primitiva, a aquella atracción sexual que la ataría siempre a aquel hombre.

–No puedo dormir, Teresa. Sueño con besarte, con tocarte, con poseerte –murmuró Gio sobre su boca–. Me duele todo el cuerpo de desearte tanto. No podía irme sin verte otra vez. Por eso he venido… para pedirte que vengas a casa conmigo.

«A casa».

Esas palabras sonaban a gloria. Eran la esencia de sus sueños, de las esperanzas que nacieron la noche que lo conoció. Hablaban de compartir, de la posibilidad de un futuro.

Quería que fuese a casa con él. Para conocer a su hijo, a su familia. El corazón de Terrie se hinchó de alegría.

–¿Qué dices, *cara*? –preguntó Gio–. ¿Cuál es tu respuesta, vendrás conmigo? ¿Quieres…?

–¡Sí!

No necesitaba que terminase la pregunta porque ya lo había decidido. Las interminables noches en las que mojó de lágrimas su almohada le enseñaron algo: si había una oportunidad, por pequeña que fuera, de volver a estar con Gio, la aceptaría.

–¡Sí! –repitió, emocionada–. Sí, iré contigo. ¡Estoy deseándolo!

¡Tardaré un segundo en hacer la maleta y…!

–¿Y tu trabajo? –preguntó Gio entonces, el ardiente amante convertido repentinamente en un hombre práctico.

El abrupto cambio de actitud era desconcertante.

–¿Mi trabajo? Ah, eso no importa.

¿Por qué tenía que recordar eso ahora?, se preguntó Gio. ¿Por qué, cuando era lo último que deseaba, tenía que recordar en aquel momento la otra cara de Terrie, una cara más fría, más manipuladora?

«No se puede esperar que aparezca un padrino rico todos los días», le había dicho en el hotel. Y se preguntó si esperaba de él algo más material que una noche de amor.

–Dijiste que pensabas dejar tu trabajo.

–La verdad es que me despidieron. Me perdí la última conferencia en el seminario y eso, por lo visto, es un pecado imperdonable. De hecho, hoy estaba preguntándome qué iba a hacer para pagar el alquiler de este piso. Incluso pensaba irme a casa de mis padres.

Pero no tuvo que hacerlo porque él había aparecido de forma providencial.

Gio se sintió tentado de cancelar la invitación. Decir que había sido un error. No quería que fuese a Sicilia con él.

Pero sería mentira. Porque había ido a su casa para decirle que no podía marcharse sin verla otra vez, que tenía que tenerla una vez más o se volvería loco.

Le había dicho la verdad sobre el vacío que sintió aquella semana, pero hasta que lo dijo en voz alta no había pensado invitarla a ir con él. Quizá era lo mejor; de esa forma la tendría cuando quisiera.

–Entonces, ¿te apetece pasar cuatro semanas bajo el sol?

Terrie reconoció la frialdad en su voz. Y si hubiera tenido que definir su mirada, habría dicho «calculadora». El apasionado y seductor Gio se había esfumado y, en su lugar, aparecía un hombre que la hacía sentirse incómoda.

–¿Cuatro semanas?

No había pensado en un período de tiempo determinado. Gio no le prometió que estarían juntos para siempre, pero tampoco esperaba que hubiese puesto una fecha.

–Yo creo que cuatro semanas es tiempo suficiente para estar seguro.

Terrie se mordió los labios. ¿Seguro de qué? Unos minutos antes habría sido tan tonta como para pensar que era «seguro de que la

amaba», pero su repentino cambio de actitud había hecho sonar campanas de alarma.

–¿De qué necesitas estar seguro?

–No te hagas la tonta, Teresa –exclamó Gio–. No eres ninguna niña. Tú sabes que aquella noche no tomamos ninguna precaución. Tú sabes muy bien cuál podría ser el resultado de nuestra aventura.

La sangre de Terrie se heló en sus venas. Y el frío pareció llegar hasta su cerebro.

–No pasó nada –replicó, dando un paso atrás–. Y lo que hubo entre nosotros no fue una aventura. Fue un sórdido revolcón en un hotel, nada más. ¡Y no habrá ningún resultado!

–¿Puedes jurarlo? ¿Debo entender que…?

–¡No!

No podía mentirle sobre eso. No tenía por qué hacerlo.

–Si estás preguntando si he tenido el período durante esta semana, la respuesta es «no». Pero no tienes que preocuparte.

–¿Estás tomando la píldora? –preguntó Gio. Al leer la respuesta en su cara, dejó escapar un suspiro–. No, nada de píldora, nada de protección. Pero sigues pensando que no estás embarazada.

«Embarazada». Aquella palabra pareció quedar colgada en el aire como una barrera infranqueable.

–No lo estoy.

En realidad, llevaba toda la semana reprochándose a sí misma haber sido tan impulsiva, tan poco cautelosa. Aquella noche con Gio podría haberla metido en el peor embrollo de su vida. Pero todos los reproches que se hacía a sí misma no podían compararse con el desdén que vio en los ojos oscuros.

–Solo fue una noche.

–*Madre di Dio!* –exclamó él.

El dolor que le causó su expresión de disgusto fue tan horrible, tan desesperado, que tuvo que agarrarse a la pared.

–Es imposible que…

–Solo es una cuestión de tiempo.

–Lo sé, no soy tonta.

–Entonces, no te portes como tal. ¡Enfréntate a los hechos! Puede que estés embarazada… y si es así, tendremos que tomar una decisión.

–¡Yo ya he decidido lo que voy a hacer!

–¡Sería mi hijo!

–¡Solo a medias, Gio!

Pero intuía que para Giovanni Cardella, siciliano de pura cepa, sería solo hijo suyo. La mujer lo llevaría dentro durante nueve

meses, pero al nacer se convertiría en un Cardella y nada más. A menos que la mujer fuera… Lucía.

–Yo cuidaría de él. Se lo daría todo…

–¡Yo también puedo hacer eso!

–¿Cómo? –exclamó él–. ¿En este apartamento diminuto, sin un jardín en el que pudiera jugar? ¿Y cómo ibas a mantenerlo? Ni siquiera tienes trabajo, Teresa. ¿O esperabas que tus padres mantuviesen al niño?

–Nunca he dicho eso.

–Entonces, ¿qué piensas hacer?

–¿De qué estás hablando? ¡No estoy embarazada!

Sin embargo, ese pensamiento había dado vueltas en su cabeza durante toda la semana.

–Pero podrías estarlo.

–Si lo estuviera… buscaría la forma de mantener a mi hijo. No voy a dártelo, si eso es lo que crees.

–Yo no te lo he pedido. Es cierto, ni siquiera sabemos si estás embarazada, pero tenemos que considerar la posibilidad. Solo te pido que vengas a Sicilia conmigo unos días… hasta que sepamos si lo estás o no. Allí te cuidarán bien.

–¿Tienes miedo de que le haga daño al niño… en caso de que exista? O algo peor… ¿de que me acueste con otro hombre e intente hacer pasar al bastardo por un Cardella?

Gio apretó los dientes.

–Solo serán unas vacaciones. Dijiste que hacía tiempo que no tomabas vacaciones, ¿no?

Unas vacaciones. La idea era maravillosa. Unas vacaciones en Sicilia… con Gio.

Diez minutos antes habría corrido a hacer la maleta. Pero diez minutos antes era una tonta, perdida en la fantasía de que Giovanni Cardella la amaba.

–Tengo que pensarlo.

–A mí me parece la única solución. Puedes quedarte en mi casa durante un mes. Si al final del mes no estás embarazada, podrás hacer lo que quieras.

–¿Y si estoy embarazada? –preguntó Terrie–. ¿Qué pasará si lo estoy?

–Eso lo decidiremos más adelante. ¿Quién sabe? Para entonces puede que esa pregunta se haya contestado sola.

–¿Crees que nos llevaremos tan bien que querré seguir contigo? ¡Pues te equivocas!

Terrie intentaba que no le temblase la voz. No quería mostrarle

cuánto daño le estaba haciendo. Y, sobre todo, no quería mostrarle cuánto deseaba que fuera así, que pudieran sentir algo profundo el uno por el otro.

–Cosas más raras han pasado.

–A mí no.

–Yo no estoy buscando otro amor, Teresa. Ya lo tuve con Lucía y no volverá a suceder.

–Si estás intentando convencerme de que podría haber un futuro para nosotros, me parece que no lo estás haciendo demasiado bien.

¿No se daba cuenta de cuánto dolía saber que ella siempre sería una segundona, que nunca podría quererla como quiso a Lucía? ¿Que había amado a su mujer, pero ella solo le interesaba porque podría estar embarazada de un hijo suyo?

–Solo quiero que seamos sensatos –suspiró Gio.

–¿Por qué crees que esto puede funcionar?

–¿Por qué no? Nos entendemos muy bien en la cama. Eso es importante.

–¿Y el sexo es la respuesta?

–Es un buen principio.

«Y un final», parecía decir su expresión. Lo único que le interesaba de ella. Cualquier otro sueño que hubiera tenido se convirtió en polvo en aquel momento.

Pero casi inmediatamente una absurda esperanza se instaló en su corazón. Quizá había una oportunidad. Si aceptaba el plan de Gio, quizá… solo quizá, a medida que se fueran conociendo, podrían llegar si no al amor, al menos a un entendimiento. Y de ese entendimiento podría nacer algo hermoso con el tiempo.

Y Gio le había ofrecido tiempo.

Cuatro semanas nada más. Pero eso era mejor que nada. Mejor que verlo desaparecer de su vida.

Podía intentarlo, se dijo. Tenía que hacerlo. Después de todo, no tenía nada que perder.

–¿Cuál es la respuesta? ¿Vienes conmigo?

Por su forma de mirar el reloj, Gio estaba impaciente. Y Terrie tenía que decidirse.

–Muy bien. Iré contigo.

Él no pudo disimular una expresión de triunfo. Había conseguido lo que quería.

–*Bene!*

Había dado un paso hacia ella, con la evidente intención de besarla. Pero en ese momento Terrie no estaba preparada para sus caricias.

–Con una condición.

–¿Cuál?

–Mientras estemos en Sicilia, no me tocarás. ¿Entendido?

Estaba claro que aquello era lo último que él esperaba.

–¿Por qué?

–Porque sí.

Gio sonrió entonces, como si aquello fuera un juego y estuviera seguro de que iba a ganar.

–¿Eso es un reto, *cara*?

¿Un reto? Ella lo miró, sorprendida. ¿Cómo podía tomarse un rechazo como un reto?

Terrie dio un paso atrás al ver el brillo de sus ojos.

–Gio…

–¿No deseas que te toque? Bueno, si eso es lo que quieres, *carina*… –sonrió él, arrinconándola contra la pared.

Terrie intentó apartarse, pero era imposible. Gio la besaba apasionadamente en la boca y en el cuello, con unas caricias irresistibles.

–Hay muchas formas de hacerle el amor a una mujer sin usar las manos. Muchas formas de acariciar sin tocarla…

Y procedió a demostrárselo.

Usaba la boca como un delicado instrumento para conquistarla, besándola, mordiéndola en el cuello. Después pasó la lengua por su oreja, haciéndola sentir escalofríos. Y solo cuando notó que Terrie no iba a resistirse buscó su boca de nuevo.

–Ábrete para mí, *adorata*. Ábrete y deja que te muestre cómo un hombre besa a una mujer cuya imagen ve en sueños… la mujer que lo vuelve loco.

Terrie quería apartarse, pero su cuerpo tenía otras ideas. Sus huesos parecían derretirse y le temblaban las rodillas.

Pero él seguía sin tocarla; tenía las manos apoyadas en la pared, a cada lado de su cara.

Y no era eso lo que quería. Su cuerpo parecía acercarse al de Gio sin que ella pudiera evitarlo, sus pechos estaban hinchados, deseando caricias… Pero él solo usaba la boca para darle placer. Y ese placer, combinado con la sutil crueldad del control que ejercía sobre sí mismo, solo hacía que lo desease más desesperadamente.

–Gio…

Pronunció su nombre como un suspiro de rendición y una protesta a la vez. Terrie se apartó de la pared para apretarse contra su torso y él inclinó la cabeza para buscar el escote de la camiseta. La besó allí suavemente, el calor de su aliento convirtiéndose en

una tortura.

–Oh, Gio…

Él sonrió, mientras tomaba la manga de la camiseta con los dientes y empezaba a tirar de ella hacia abajo…

Aquello era insoportable. Deliciosamente insoportable.

–Gio, Gio…

Sin pensar, Terrie levantó los brazos para enredarlos alrededor de su cuello. Y entonces él dio un paso atrás.

–¡Nada de tocarse con las manos! Nada de tocarse, *bellezza*. Tú misma has puesto las reglas.

Pero Terrie quería romperlas. Aquellas caricias la habían excitado de tal forma que necesitaba sus brazos, sus besos, sus caricias.

–Pero…

–Nada de tocarse –repitió él, arreglándose la chaqueta–. Tus reglas, *cara mia*. Así querías jugar, ¿no?

Terrie no encontró palabras para responder. Y, por supuesto, no pensaba rogarle que le hiciera el amor, que la tomase en sus brazos para llevarla a la cama. No se rebajaría a eso.

No podía admitirlo porque si lo hacía admitiría cuánto la afectaba el poder que tenía sobre ella. Sospechaba que Gio lo sabía, pero no quería poner ese arma en sus manos.

Durante unos segundos él la miró a los ojos. Y entonces sonrió, con una de esas sonrisas que la dejaban temblando.

–Mi avión sale a las cinco. Vendré a buscarte a las tres. ¿De acuerdo?

Terrie no contestó, pero él no parecía esperar respuesta.

–Tú has puesto las reglas, *carina*. Así que será culpa tuya si esto no funciona. Mientras estoy fuera, puede que quieras pensártelo.

Un segundo después se había marchado y Terrie se dejó caer en el sofá. Demasiado exhausta, demasiado abatida como para llorar, solo pudo enterrar la cara entre las manos y gemir de pura desesperación.

Capítulo 10

TESA, Tesa, mírame!

Terrie miró hacia el otro lado de la piscina, desde donde Paolo la llamaba «a su manera».

–¡Venga, salta! –lo animó.

Moviendo los bracitos frenéticamente, Paolo se lanzó al agua como una pequeña bomba. Riendo, Terrie nadó hacia el niño, que había sacado la cabecita del agua y sonreía de oreja a oreja.

–¿Me has visto? ¿Me has visto tirarme, Tesa?

–Te he visto –sonrió ella–. ¡Menuda bomba! Has empapado las toallas.

No era justo. El niño era la viva imagen de su padre. El pelo, los ojos, las facciones, eran una copia en pequeño de Gio. De modo que cuando él no estaba en casa, Paolo se lo recordaba.

Aunque habría sido imposible olvidarse de Gio, tuvo que admitir. Siempre estaba en su mente, no podía dejar de pensar en él.

–¡Súbeme en tu espalda, Tesa! –gritaba el niño.

Gio lo educaba en italiano y en inglés, de modo que hablaba perfectamente ambos idiomas.

–¿Otra vez?

–Tesa, por favor…

–Bueno, de acuerdo.

No podía negarle nada. Desde que Gio se lo presentó, Paolo le había robado un trocito de corazón. Y, aparentemente, el niño sentía lo mismo. Le encantaba estar con ella y, cinco minutos después de verla, la trataba como si la conociese de toda la vida.

Terrie metió la cabeza bajo el agua para que el niño pudiera subirse a su espalda, enredando las piernecitas en su cintura.

Desde la terraza, Gio observaba la escena.

Terrie nadaba como un delfín y Paolo, subido sobre su espalda, reía como loco.

–¡Más deprisa, Tesa, más deprisa!

La alegre vocecita del crío resonó por todo el jardín y, al oírla, se le encogía el corazón.

Madre di Dio. ¿Qué le estaba pasando? ¿Tenía celos de su propio hijo?

¿Y por qué iba a sorprenderle que la respuesta fuera afirmativa? ¿No había envidiado desde el principio la naturalidad, la amistad que nació entre Paolo y Terrie?

Tenía que aceptarlo. Estaba celoso de las relaciones de Terrie con todos los miembros de su familia. Su padrastro, su madre, su hermanastro Cesare y Megan, todos parecían estar locos por ella.

Y lo peor de todo era que, desde que llegaron a Sicilia, Terrie insistió en la maldita regla de «no tocar».

De hecho, desde que fue a buscarla a su apartamento para ir al aeropuerto, parecía una mujer diferente; fría, seria, contenida. No parecía la misma mujer con la que se había acostado aquella noche en el hotel.

Terrie colocó al niño al borde de la piscina y después salió del agua. Con una gracia inconsciente, apartó el pelo de su cara y se tumbó en la toalla. Y Gio tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada.

Desde que llegaron a Sicilia, su piel había adquirido un precioso tono dorado. Y el sencillo bañador azul turquesa le quedaba de maravilla, destacando sus largas piernas y la curva de sus pechos.

Cuando se inclinó para secarle el pelo al niño con una toalla blanca, mostrando la delicada curva de su cuello, Gio tuvo que cerrar los ojos.

Pero era imposible vivir así, sin tocarla.

Una semana antes había sido una cuestión de orgullo obedecer sus reglas. Sería ella quien lo buscase, se dijo. Y había sentido un perverso placer en llevar el juego hasta el límite. Al menos, en lo que se refería a las manos.

Siempre la besaba al llegar o al marcharse, pero ni una sola vez desde que salieron de Londres la había tocado.

–¡Papá, papá!

Paolo lo había visto y se dirigía corriendo hacia él, con los brazos abiertos.

–*Ciao, bambino!*

Gio tomó a su hijo en brazos, su sonrisa tan brillante como la del niño.

–¡Papá!

–¿Qué tal lo has pasado hoy? ¿Qué has estado haciendo?

–¡Nadar! –gritó Paolo–. ¡Papá, he *nadao* con Tesa!

Él soltó una carcajada.

–¿Has *nadao*? ¿De verdad?

Para consternación de Terrie, él la miró entonces haciéndole un guiño de complicidad; el gesto era tan íntimo, tan cálido, que se le encogió el corazón.

–¡He estado nadando!

–¿Ah, sí? Porque cuando he mirado hacia la piscina, quien

estaba nadando era Teresa.

–¡No, no!

Protestando furiosamente, Paolo olvidó el inglés y lanzó una parrafada en italiano. Al final, Gio soltó una carcajada, apretando al niño contra su corazón.

Tomando una toalla, Terrie se la pasó por la cara, más para esconder su expresión que para secarse.

–Muy bien, has estado nadando. Te creo –rio Gio.

Ella no podía mirarlo, no podía ver cómo abrazaba a su hijo, cómo sus manos acariciaban el pelo del niño; tenía que borrar de su memoria el recuerdos de esas manos.

Cuando aceptó ir a Sicilia, pensó que no sería ningún problema aceptar la regla de «no tocar» que ella misma había impuesto en su apartamento.

Pensó que quizá si Gio no la encontraba tan «disponible» como había esperado, encontraría otra razón para estar con ella, que encontraría otros placeres en su compañía. Incluso pensó que la falta de sexo haría que la quisiera un poco.

Pero se sentía decepcionada. Gio no había hecho ninguno de los comentarios sarcásticos que esperaba. De hecho, no había dicho nada en absoluto. Y cuando llegaron a la villa, no intentó convencerla para que compartiesen habitación.

A partir de entonces, Terrie empezó a preguntarse si tenía algún interés. Y, sobre todo, si era ella la única que estaba sufriendo por su impetuoso edicto.

El cambio de clima, de escenario, parecía haber cambiado a Gio por completo. Y eso incrementaba su atractivo masculino hasta convertirlo en algo letal.

Allí, bajo el sol, en la isla, el sofisticado abogado desaparecía y, en su lugar, había un relajado Giovanni Cardella que Terrie no sabía que existiera. El traje de chaqueta era reemplazado por camisetas y pantalones cortos, que mostraban sus largas y poderosas piernas.

Se había bañado con Paolo y ella un par de veces y el pulso de Terrie se aceleró al ver aquel torso de abdominales marcados sobre una piel de color bronce.

Y empezaba a temer que, si se quedaba mucho tiempo en Sicilia, Gio empezaría a significar para ella mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Aunque sus sentimientos por él ya no podían ser más profundos.

Aquel pensamiento la golpeó con la fuerza de una bofetada.

¿De dónde había salido? ¿Era cierto? En cuanto se hizo a sí misma esa pregunta, supo que solo había una respuesta.

No tenía forma de escapar. Por mucho que intentase controlarlo, su cuerpo reconocía el lazo que se creó entre ellos desde aquella noche en el hotel. Un lazo secreto que la ataba a Giovanni Cardella para siempre.

Si hubiera podido hacerlo sin despertar sospechas, se habría tirado a la piscina de cabeza. Solo el agua fría podría controlar el incendio que corría por sus venas.

–Pero es hora de entrar en casa –estaba diciendo Gio, dejando al niño en el suelo.

–¡No! –exclamó Paolo, haciendo pucheros–. Yo quiero quedarme con Tesa.

–Venga, Paolo, a casa.

–¡No! Yo quiero estar con Tesa.

Terrie no se volvió. No quiso ver el efecto de las inocentes palabras del niño. Pero nunca hasta entonces había sentido de tal forma la ambigüedad de su posición en aquella casa.

–Yo también te quiero, cariño. Pero tienes que hacer lo que dice tu papá.

–La abuela está dentro y tiene muchas ganas de verte.

El chantaje funcionó. Paolo adoraba a su abuela y, con una sonrisa en los labios, salió corriendo hacia la casa.

Gio se volvió hacia ella entonces.

–Nadas muy bien –comentó, aunque lo hacía solo para llenar el silencio–. ¿Dónde aprendiste?

–Me enseñó mi madre. Y luego estuve en el equipo de natación del colegio.

Mientras hablaba, Terrie buscaba su camiseta. El alivio que sintió al cubrirse era ridículo, lo sabía, pero la delgada tela hacía que se sintiera un poco más protegida. Aunque era absurdo; la tela era muy delgada y la mirada admirativa de Gio parecía penetrarla.

–¿A Lucía le gustaba nadar?

No habría preguntado aquello si no estuviera nerviosa. Desde su llegada a la villa, el tema de Lucía estaba prohibido. Era imposible no ver las fotografías por toda la casa, pero nunca habían hablado de la difunta esposa de Gio.

–No, no le gustaba nada –contestó él–. De hecho, le daba pánico el agua. Su padre era de esos que creían que para superar un miedo lo mejor es enfrentarse con él, así que cuando era pequeña la tiró a la piscina.

–Pobrecilla. Supongo que se llevó un susto tremendo.

–Sí –contestó Gio, pensativo, mirando el agua.

Terrie tuvo la impresión de que estaba reviviendo algún

recuerdo del pasado y su expresión triste le encogió el corazón. Sin pensar, alargó la mano para ponerla en su brazo.

–Lo siento. No debería…

Gio la miró y, durante unos segundos, fue como si no la reconociera.

No le había pasado hasta aquel momento. Terrie le hizo una pregunta sobre su mujer y solo entonces se dio cuenta de que, aunque el recuerdo seguía vivo en su memoria, no había pensado en Lucía en mucho tiempo.

–No pasa nada.

Pero entonces miró su mano, pequeña y delicada. Bajo el sol, el olor de su perfume era evocador y excitaba sus sentidos.

–¿Qué ha sido del «no tocar», *cara*? –preguntó, sonriendo.

–Ah, eso… Dije que tú no podías tocar, no que yo no pudiera hacerlo.

–¡Qué bruja!

Estaba sonriendo, pero seguía atónito por el descubrimiento que acababa de hacer.

–Yo soy así.

–Quizá sería mejor que hubiera cierto contacto entre nosotros. Mi madre empieza a preguntarse qué clase de pareja somos.

–¿Le has dicho que somos pareja?

Terrie apartó la mano como si se hubiera quemado.

–Naturalmente.

–Pero entonces… ¿no les parece raro que no durmamos en la misma habitación?

–En absoluto, *cara mia* –sonrió Gio–. Esto es Sicilia, ¿recuerdas? Mi madre es anticuada y lo prefiere así. Cree que eso es una señal de que vamos en serio… de que te trato con respeto.

–¿Y cómo vas a explicárselo si estoy embarazada?

–Mi madre es muy realista. Ella sabe que el comportamiento que admira aquí no es necesariamente el de otros países. Además, ella siempre ha soñado con tener más nietos y ahora que Megan y Cesare están a punto de tener un niño, espera que su sueño se haga realidad. No le preocuparía que un hijo fuese concebido fuera del matrimonio… mientras los padres sean una pareja.

–¿Matrimonio? –repitió Terrie–. No hemos hablado de matrimonio.

–No lo hemos hablado, pero te habrás dado cuenta de que es la única solución si, al final, estás embarazada.

–Perdona, pero yo no estoy de acuerdo.

Matrimonio. Con Gio.

Aquello la había dejado por completo sorprendida.

No podía imaginar nada que la hiciese más ilusión. No podía imaginar nada más maravilloso que despertar al lado de Gio durante el resto de su vida. Saber que él estaba allí, a su lado, que era su marido…

–Yo no había pensado…

–Pues tienes que pensar. Cualquier día de estos lo sabremos y entonces habrá que tomar una decisión. Si estás embarazada, cuanto antes anunciemos la boda, mejor.

La frialdad con que lo dijo echó sus esperanzas por tierra. Mientras ella estaba pensando despertar cada mañana a su lado, en compartir su vida con él, Gio solo pensaba en asuntos prácticos. En hacer pública su unión como si no fuera más que un asunto de negocios.

Pero ¿por qué la sorprendía? Así era como Gio pensaba de su posible matrimonio. Lo había dejado bien claro antes de que saliesen de Inglaterra, diciéndole que nunca podría amarla.

«Yo no estoy buscando otro amor, Teresa. Ya lo tuve con Lucía y no volverá a suceder», le había dicho.

–¿Y qué dirá tu madre? –preguntó Terrie.

–Ella está encantada de que haya una mujer en mi vida. No cree que un hombre deba estar solo.

Y cualquier mujer le valdría. Cualquier mujer que pudiese ocupar su cama, su casa… pero no su corazón. No tenía que decirlo en voz alta, estaba claro.

–Es mi madre quien me ha pedido que venga a hablar contigo. Cree que no estamos nunca solos y se ha ofrecido a quedarse con Paolo mañana… durante el día y durante la noche. A Paolo le encanta dormir en casa de su abuela, así que para él será como un regalo. Nosotros podemos salir por ahí, puedo enseñarte la isla.

–Es muy amable por su parte –murmuró Terrie, distraída.

Estaba pensando en la frase: «Y durante la noche».

Pero durante toda la semana habían estado solos en la casa. No sería tan diferente sin el niño.

–Un día entero sin responsabilidades paternales –sonrió Gio–. Sería una pena desaprovecharlo.

–Ya.

Terrie no quiso preguntar qué había querido decir con «desaprovecharlo». Empezaba a tener sospechas sobre lo que había detrás de ese «inocente» comentario.

Y después de haber reconocido sus sentimientos por él, no estaba segura de poder lidiar con las implicaciones.

Un día entero sin responsabilidades paternales, pensó Gio. ¿Y quién sabe cómo acabarían las cosas entre ellos al final del día?

Veinticuatro horas en las que, por primera vez, podrían portarse como una pareja normal.

La mayoría de las relaciones empezaban con que alguien te gusta, luego te enamoras… de ahí se pasa a la pasión y al compromiso. Así fueron las cosas con Lucía. Le gustó desde que la vio, supo que la amaba casi inmediatamente. Había querido pasar con ella el resto de su vida, pero…

Y habían esperado lo que a él le pareció una eternidad antes de acostarse juntos.

Su relación con Teresa iba exactamente al revés. Había sido como si un tornado pusiera su vida patas arriba. Y cuando cayó al suelo de nuevo no sabía si estaba de pie o de cabeza.

Solo sabía que no podía dejar de pensar en ella. Que, sin Teresa, empezaba a perder la razón.

Pero cuando estaban juntos no sabía lo que quería.

Quizá estar solos durante todo un día le daría la oportunidad de poner las cosas en perspectiva. Quizá tras veinticuatro horas juntos podría saber qué quería de ella.

Y si Teresa quería lo mismo.

Capítulo 11

EL SOL se había puesto cuando volvieron a la villa.

Habían cenado en un maravilloso restaurante en Palermo, antes de tomar la estrecha carretera que llevaba hasta la casa de Gio. El calor del día dio paso a una fresca brisa y, en la oscuridad, la casa parecía increíblemente silenciosa y vacía.

–Resulta raro no tener que hablar en voz baja para no despertar a Paolo –sonrió Terrie–. ¿Siempre ha tenido tantos problemas para dormir?

–No, los problemas empezaron cuando cumplió un año.

Gio tiró las llaves sobre la mesa y se acercó a la puerta del jardín para mirar la piscina.

–Hasta los doce meses dormía tan profundamente que ni un terremoto lo hubiera despertado. Pero entonces las cosas cambiaron.

–Seguramente notaba que faltaba algo en su vida –murmuró Terrie.

Y si un niño que apenas había conocido a su madre sufría tanto su pérdida, no podía imaginar el sufrimiento de Gio.

–Así es.

Lo había dicho como un suspiro, como algo que le salía del corazón.

Gio se volvió entonces y Terrie tuvo la extraña sensación de que estaba mirándola por primera vez.

–Espero que lo hayas pasado bien esta noche.

–Lo he pasado muy bien –contestó ella con total sinceridad–. Nunca había estado tan cerca de un volcán.

El viaje hasta el Etna había sido maravilloso. A los pies del enorme volcán había olivos, limoneros, nogales… sobre una de las laderas quedaban las ruinas de un antiguo pueblo. Y desde arriba, visto desde un funicular, el paisaje era sorprendente, casi como el de la luna.

–Es un sitio aterrador, pero me alegro de haberlo visto. ¿Cómo dijiste que los sicilianos llaman al Etna?

–*Mongibello*. Viene del árabe. Pero algunos lo llaman simplemente *montagna*.

Gio hablaba como si distraído. Claramente, estaba pensando en otra cosa.

–¿Quieres una copa? –preguntó Terrie, incómoda.

El día había sido muy agradable. Gio estuvo relajado, un guía

encantador y un agradable compañero durante la cena.

Pero desde que llegaron a la casa parecía incómodo.

–¿Vino?

–No, no quiero alcohol –contestó él.

No quería nada que nublase sus pensamientos. Durante todo el día se había sentido extraño. Era como si estuviera viéndose desde fuera.

Habían ido a sitios que conocía bien, incluso cenaron en su restaurante favorito. Pero todo le parecía diferente.

Y él se sentía diferente.

Solo podría describirlo como si el vacío que existía en su interior; el vacío en el que había vivido durante dos años, de repente no le pareciese tan vacío, tan oscuro.

No era solo por estar con alguien. Había perdido la cuenta de las veces que había ido con Cesare y Megan a los sitios que visitó con Lucía. Y siempre había sentido aquel vacío.

Sin embargo aquel día, una inglesa rubia y alta había llenado aquel vacío. Solo ella podía hacerlo.

Teresa.

Había abierto la boca para decir su nombre, pero no sabía qué decir.

–Haría un café, si esta vez lo tomásemos –rio Terrie entonces–. Aquella noche en el hotel y el día que fuiste a mi apartamento, lo dejamos sin probar. Quizá a la tercera va la vencida, ¿no?

Gio se encontró a sí mismo sonriendo.

–Mientras no me ofrezcas también una copa de brandy.

–Nada de brandy, te lo prometo –rio ella.

En la cocina, Gio se apoyó en la repisa observándola mientras echaba agua en la cafetera. Parecía una flor exótica y pálida con aquel vestido sin mangas del mismo tono turquesa que el bañador.

Se había sujetado el pelo con un moño y cuando inclinó la cabeza para medir las cucharadas de café, la fragilidad de su cuello lo afectó de una forma sorprendente.

No era solo deseo, sino una sensación extraña… una sensación protectora, una emoción que no podría explicar.

Incapaz de controlarse, se acercó para darle un beso en el cuello.

–Oh.

Terrie se volvió hacia él, con el ceño arrugado.

–¿Qué haces?

–Solo era un beso. Y no puedes quejarte porque… –Gio levantó las dos manos–. ¿Lo ves? No te he tocado.

Hablaba con tono burlón y eso la relajó.

–Ah, bueno, entonces no pasa nada –sonrió Terrie. Pero decidió aprovechar ese momento para intentar acercarse a él–. ¿Quieres que hablemos de Lucía?

Esperaba un rechazo. Estaba segura de que Gio se daría la vuelta, irritado. Pero simplemente se encogió de hombros.

–¿Qué quieres saber?

Terrie tragó saliva.

–Lo que tú quieras contarme.

Él empezó a pasear por la cocina, visiblemente agitado.

–Teníamos dieciséis años cuando nos conocimos…

Su voz sonaba un poco entrecortada, como si le costase trabajo hablar, como si no pudiera encontrar las palabras.

Terrie habría querido ayudarlo, consolarlo, pero intuía que no era el momento.

–La miré y supe que era la mujer de mi vida –Gio se pasó una mano por el pelo, mirando al vacío–. Cesare siempre dice que los hombres de nuestra familia se enamoran para siempre. Que solo nos ocurre una vez en la vida…

Terrie se alegró de que estuviera de espaldas en aquel momento porque así no podía ver su expresión, el dolor que asomó a sus ojos al oír aquello.

–Así ocurrió con Roberto y mi madre. Se enamoró de ella cuando todavía estaba casada con mi padre. Y Cesare esperó durante años para casarse con Megan. Le había hecho una promesa a su padre…

–Lo sé. Megan me lo contó.

Le había contado muchas cosas. Por eso sabía cuánto había amado él a Lucía. Y entendía aquel amor a primera vista. ¿No le había pasado a ella lo mismo en el bar? No pudo apartar los ojos de Gio y, desde entonces, no había podido apartarlo de su mente.

–También me contó que Lucía y tú amenazasteis con escaparos si no os dejaban contraer matrimonio.

Gio sonrió.

–*La fuitina*. Sí, amenazamos con eso. Nuestras familias pensaban que éramos demasiado jóvenes. Querían que fuéramos novios durante un tiempo antes de comprometernos, pero nosotros no teníamos ninguna duda.

–¿Qué es la «*fuitina*»? –preguntó Terrie.

Solo lo había preguntado porque no sabía qué decir. Le dolía escuchar aquella historia de amor, le dolía que Gio hubiese amado tanto a otra mujer.

–Es una antigua historia siciliana… dos amantes que huyen para

demostrar a su familia cuánto se quieren. Era una forma de acostarse juntos sin arriesgarse a una condena moral.

–¿Y tú lo habrías hecho?

No necesitaba oír la respuesta. Estaba escrita en su cara, en sus ojos. Habría hecho eso y más si así conseguía estar con Lucía.

–Lo habríamos hecho los dos. Pero, al final, nuestros padres accedieron a la boda si yo prometía concentrarme en los estudios. Teníamos diecinueve años cuando nos casamos.

–Qué jóvenes.

–Sí, pero no podíamos esperar más… una locura, ¿verdad?

–Pero quizá intuíais que… quizá intentabais pasar el mayor tiempo posible juntos.

–Es posible.

Había tocado un tema muy doloroso, pensó Terrie al ver la expresión del hombre.

–Háblame de ella. ¿Cómo era?

¿De verdad quería saberlo?, se preguntó nada más hacer la pregunta. Pero curiosamente, cuando Gio empezó a hablarle de Lucía, sus recuerdos no le dolían como antes. La intrigaban porque le decían muchas cosas sobre él.

Supo cómo era de adolescente, lo que había trabajado para convertirse en abogado como su madre quería… supo que había mantenido a su mujer con su trabajo, a pesar de que su familia era rica. Descubrió los intereses que compartían, las cosas personales que hubo entre marido y mujer.

Pero también aprendió cosas sobre Gio. Cómo amaba, por qué amaba. Supo lo importantes que eran para él la fidelidad y la honestidad, cómo había solucionado los problemas, las pequeña decepciones de todo matrimonio.

Le habló de su alegría cuando Lucía le dijo que estaba embarazada, el momento mágico cuando nació su hijo. Le habló de sus sueños de tener una gran familia… sueños que, trágicamente, nunca se harían realidad.

Y supo cómo sufrió cuando murió su mujer.

En ese momento, Gio no se molestó en esconder las lágrimas; no sintió vergüenza y Terrie lo respetó más por ello.

Se le partía el corazón por él y por Lucía, que no había tenido tiempo suficiente para disfrutar de aquel amor.

No sabía cuánto tiempo se quedaron allí, hablando en la cocina. No sabía si habían pasado horas o días. Solo sabía que no se habría perdido ni un solo segundo, aunque a partir de entonces nada sería igual.

Porque cuando Gio terminó de contarle su historia de amor, Terrie supo lo que le estaba pasando.

Estaba enamorada de aquel hombre, desesperada, totalmente enamorada. Y como para Gio, el suyo era un amor único, irrepetible. Nunca volvería a sentir lo mismo por nadie.

Él había amado y perdido a otra mujer. Y, como resultado, su corazón nunca le pertenecería.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Gio parecía agotado, exhausto. Pero sus ojos estaban en calma. Era como si hubiera sobrevivido a una tormenta.

–Puedes preguntarme cualquier cosa.

Y, extrañamente, Terrie supo que era verdad.

–Aquella noche…

No tenía que especificar. Solo podía referirse a una noche, la noche que se conocieron.

–¿Sí?

–Dijiste que Lucía murió diez días antes del cumpleaños de Paolo. ¿La noche que estuvimos juntos era… el aniversario de su muerte?

–Sí.

–Oh, Gio…

Terrie apretó su mano y adivinó por la expresión del hombre que aquel gesto lo consolaba.

No supo quién se movió primero. Quizá lo habían hecho a la vez por un impulso desconocido.

Pero un segundo después estaban uno en brazos del otro. Terrie levantó la cara y Gio la besó. Fue un beso que pareció robarle el alma. No había tiempo para dudas, para nada que no fuera aquella caricia. Quería darle su amor, quería darle todo lo que había en su corazón para él.

Quería entregarse en cuerpo y alma.

Gio la abrazaba de una forma rara y, de repente, empezó a reírse.

–¿Qué ocurre?

–Nada de tocar –sonrió él–. Me diste órdenes muy precisas.

–¡A la porra con eso! –exclamó Terrie–. Aunque, ahora que lo pienso… –dijo entonces, restregando su cara contra la del hombre–. Quizá deberíamos seguir con las reglas. Pero solo para ti… yo puedo tocarte como quiera.

Lenta, seductoramente, empezó a deslizar los dedos por su camisa.

–Teresa…

Ella lo silenció poniendo un dedo en sus labios.

–Es mi turno. Me toca a mí.

Le quitó la corbata tomándose su tiempo, tentándolo, torturándolo… y entonces se dio cuenta de que Gio estaba muy quieto, casi como si no respirase.

–Sigue –murmuró él con voz ronca.

Terrie tiró de ambos cabos de la corbata para acercar su cara y le dio un beso largo y cálido en los labios.

–¿Lo ves? La paciencia siempre tiene su recompensa.

Le costó un gran esfuerzo apartarse, ignorar el clamor de su propio cuerpo, pero tenía un plan y pensaba llevarlo a cabo.

Terrie empezó a desabrochar lentamente los botones de la camisa, sintiendo los latidos del corazón de Gio bajo sus manos. Ocasionalmente se paraba para trazar círculos sobre la piel morena… cuando trazó primero uno y luego el otro pezón oscuro, Gio no pudo controlar un gemido.

–Teresa… –murmuró, agitado–. Déjame…

–No tocar, ya sabes.

Pero al mirarlo a los ojos cambió de opinión.

–Bueno, puedes darme un beso.

Fue un beso que la dejó sin aire porque, al no poder usar las manos, Gio puso en sus labios todo el ardor, todo el deseo que no podía disimular. La besaba con tanta fuerza que Terrie deseó que olvidase el juego, que la tomara en brazos y la llevase a la habitación.

Pero la resolución en los ojos del hombre le dijo que no había marcha atrás.

–Estoy en tus manos, *carina*. Pero ¿no crees que estaríamos más cómodos en el dormitorio?

Pero el dormitorio no era lo que Terrie tenía en mente. Era el mismo dormitorio que usó durante su matrimonio, el que había compartido con Lucía.

De modo que lo tomó de la mano para llevarlo al salón y, una vez allí, le quitó la camisa besándolo ardorosamente al mismo tiempo.

Cuando puso la mano sobre la hebilla del cinturón vaciló un momento, pero Gio sacudió la cabeza.

–No puedes pararte ahora, *bellezza*.

Y la potente erección, que Terrie sentía bajo su mano, añadió urgencia al comentario.

Una urgencia de la que se contagió ella misma, que le quitaba la ropa con manos temblorosas.

Solo entonces, cuando estaba desnudo y erecto frente a ella, Terrie empezó a quitarse su ropa. Cuando se volvió hacia él, desnuda, lo oyó contener el aliento. Era el sonido de un hombre a punto de perder el control.

–Teresa… ten piedad de mí.

Ella sonrió, triunfante.

–Ahora. Ahora puedes tocar.

Cuando sintió las ardientes manos del hombre sobre su cuerpo, Terrie perdió la cabeza. Sus dedos la acariciaban, la atormentaban, la poseían.

Sin dejar de besarla, Gio hizo realidad la fantasía de unos minutos antes; la tomó en brazos y la depositó sobre el sofá, cayendo sobre ella un segundo después. Dejándose llevar por una pasión abrumadora, le abrió las piernas con la rodilla, levantando sus nalgas con las dos manos para colocarla donde quería.

–Ahora puedo tocar –murmuró–. Ahora puedo tocarte… y puedo hacer esto…

Las últimas palabras fueron seguidas de una poderosa embestida que la hizo suya para siempre.

Un segundo después, Terrie había perdido el control, arqueándose hacia él, restregándose contra el cuerpo del hombre hasta que sintió un estremecimiento salvaje.

Ni siquiera supo que se había quedado dormida, pero cuando abrió los ojos Gio estaba despierto y la miraba con una extraña intensidad.

–Hola –murmuró, sonriendo–. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

–He estado pensando. ¿Y si te digo que no quiero que te vayas? ¿Que me gustaría que te quedases?

–Gio… ¿estás diciendo…?

–No, Teresa. No me pidas más de lo que puedo dar. Te daré lo que pueda… no me pidas más.

¿Sería eso suficiente?, se preguntó Terrie. Sintiendo lo que sentía por él, ¿podría aceptar algo menos que amor?

Pero entonces Gio empezó a acariciarla de nuevo y no pudo seguir pensando.

Y todo empezó otra vez.

Capítulo 12

TERRIE entró en el dormitorio pensativa y con el corazón dividido. Y sintió una extraña mezcla de alivio y pena al ver que Gio no estaba.

Había bajado a la cocina. Y si escuchaba atentamente, podía oírlo paseando.

Solo podía rezar para que se quedase allí. Así tendría un poco de tiempo para pensar.

Tiempo para acostumbrarse a lo que había descubierto.

No estaba embarazada.

Lo supo al despertarse aquella mañana. El dolor en los ovarios el día anterior anunciaba que iba a tener el período. Aún, así, había esperado…

Hasta aquel momento.

Ya lo sabía seguro. A pesar de su juvenil y arriesgado comportamiento en el hotel, no habría consecuencias. No estaba esperando un hijo de Gio.

«¿Y si te digo que no quiero que te vayas? ¿Que me gustaría que te quedases?».

Las palabras de Gio, susurradas en la oscuridad, se repetían en su mente una y otra vez.

¿Lo decía de verdad? ¿De verdad quería que se quedase en Sicilia?

Quizá lo había dicho en el calor del momento. Cuando estaba haciendo el amor, Gio podría decir cualquier cosa.

Pero ¿seguiría pensando lo mismo a la luz de día?

Especialmente cuando descubriese que no había niño. Que la razón para su estancia allí ya no existía.

Si no hubiera temido que estuviese embarazada, no le habría pedido que fuera a Sicilia con él.

Era un padre maravilloso, atento y dulce con Paolo. Y lo sería también con un hijo suyo.

Pero ¿le importaba ella lo suficiente como para desearla sin ese hijo?

–¡Teresa!

Gio la llamaba desde el piso de abajo.

–¿Sí?

–¿Bajas o no? He hecho café… otra vez.

Terrie sonrió. De nuevo, habían dejado el café sin probar. Parecía una maldición.

Pero la noche anterior una tormenta de deseo los envolvió a los dos. Sabía mejor que nadie la pasión que Gio podía despertar en ella, el hambre que desataba con un solo roce, un beso, una mirada.

Y, aparentemente, a él le pasaba lo mismo.

De modo que no podía confiar en esas palabras. No hasta que las repitiera en circunstancias diferentes. Y cuando le hubiese dado la noticia.

–¡Teresa!

–¡Ya bajo!

Estaba recién duchada y vestida, de modo que no había razón para seguir en el dormitorio. Y la nota de impaciencia en la voz del hombre le dijo que si no bajaba, él subiría a buscarla.

Gio sintió alivio al oír los pasos de Terrie en la escalera. Llevaba tanto tiempo arriba que empezaba a sospechar que ocurría algo, que, por alguna razón no quería verlo aquella mañana.

Mientra él estaba deseando verla de nuevo.

La noche anterior había significado un giro de ciento ochenta grados en su vida. No había dormido tan bien en mucho tiempo… en dos años. Y despertó mirando el futuro de otra forma.

–¡Venga, se está enfriando el café!

En ese momento sonó el timbre y, murmurando una maldición, Gio dejó la taza sobre la mesa.

Terrie estaba bajando la escalera cuando salió de la cocina.

–Hola.

–Hola. El desayuno está en la mesa.

Cuando abrió la puerta, la luz del sol iluminó el vestíbulo, cegándolo por un momento. Pero al abrir los ojos vio a una mujer bajita y morena en el umbral… y se le paró el corazón un momento.

–Hola, Rosa.

De todos los días que la madre de Lucía podría haber elegido para visitarlo, aquel era el peor de todos. Nunca se habían llevado bien, ni siquiera cuando su mujer estaba viva. Y desde la muerte de Lucía sus relaciones empeoraron, aunque él intentaba por todos los medios que Paolo, su nieto, pasara el mayor tiempo posible con ella.

Pero Rosa solo iba a su casa en contadas ocasiones. Y Gio sabía por qué estaba allí.

El domingo siguiente sería el cumpleaños de Lucía. Y Rosa había ido para hablar de la visita al cementerio, como todos los años.

Pero en aquel momento estaba mirando a Terrie con expresión incrédula.

–¿Quién es? –exclamó, en italiano.

Gio no tuvo que volverse para saber de quién hablaba. Presentarle a la nueva mujer de su vida no sería fácil.

Inevitablemente, la muerte de Lucía fue un golpe terrible para Rosa. Algo murió con su hija y nunca pudo recuperarse.

–Te presento a Teresa.

–¿Y quién es Teresa? –preguntó Rosa–. ¿Qué está haciendo aquí?

Gio vaciló. No podía contestar. No podía decirle que era la mujer de su vida cuando aún no se lo había dicho a ella.

Entonces recordó una conversación que mantuvo con su suegra unos meses antes de ir a Inglaterra.

–Es la persona de la que te hablé, ¿recuerdas?

Estaban hablando en italiano y sabía que Terrie no lo entendería.

–No, no me acuerdo.

–La niñera para Paolo. Alguien que cuide de él cuando yo tenga que irme de viaje.

Rosa asintió, aparentemente aliviada.

–Ah, sí, la niñera. Buena idea.

Gio oyó pasos tras él. Afortunadamente, Terrie se iba a la cocina.

Y afortunadamente también, Rosa no tenía intención de quedarse más que unos minutos. Después de despedirse, Gio entró en la cocina con una sonrisa en los labios.

Una sonrisa que murió cuando vio que Teresa no estaba allí.

Un crujido en las vigas del techo le dijo que había vuelto al dormitorio.

–¿Teresa?

No hubo respuesta. Y el instinto le dijo que ocurría algo. Gio corrió escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos.

–Teresa. ¿Qué ocurre?

Lo primero que vio al abrir la puerta fue su maleta sobre la cama.

La brutal sospecha de que todo lo que había soñado por la noche estaba evaporándose lo dejó atónito. Solo había sido un sueño, nada más.

No habría historia de amor, no habría final feliz.

Y el miedo le hizo esconder la verdad hasta que supiera por qué quería irse.

–¿Qué ocurre, Teresa?

Terrie se volvió, con un montón de ropa en la mano.

–¿A ti qué te parece? Estoy haciendo la maleta, ¿no lo ves?

–No puedes irte sin darme una explicación. Alguna razón para…

–¿Alguna razón? –lo interrumpió ella, irónica–. ¿Quieres una razón?

–Creo que me la debes.

–No te debo nada. Nada en absoluto. No puedes decirme lo que tengo que hacer. No te debo nada, Gio. He venido a Sicilia porque tú me invitaste. Y ahora me marcho. Final de la historia.

–No puede ser.

Él negó con la cabeza, atónito y confuso. Casi podría creer que alguien había entrado en su casa en medio de la noche para secuestrar a la Teresa que él conocía, dejando atrás un clon, alguien idéntico pero con diferente personalidad.

–No, de eso nada. Tú sabes por qué estás aquí. Sabes cuál era el acuerdo, que te quedarías durante cuatro semanas…

–O hasta que tuviéramos la seguridad de que no estaba embarazada –replicó Terrie–. Creo que ese era el acuerdo.

–¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir?

–Exactamente lo que he dicho. Me invitaste a venir para asegurarte de que no habría repercusiones tras la noche que pasamos en el hotel. Bueno, pues ya puedes estar seguro.

Terrie tiró la ropa sobre la cama y Gio vio entonces que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué ocurre, Teresa?

–No estoy embarazada.

–*Come?* ¿Qué dices?

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía decir que se iba? ¿Y por qué lloraba? Si estaba tan decidida a dejarlo como parecía, ¿por qué estaba llorando?

–¿Quieres que lo diga otra vez?

¿Tenía que repetirlo?, se preguntó Terrie, angustiada. Debería sentirse aliviada por no estar esperando un hijo suyo. Al menos, podría marcharse de allí sin el cruel recordatorio de su breve aventura.

Pero la verdad era que no se sentía aliviada en absoluto. Que por dentro se estaba muriendo de pena. Y que le habría encantado estar embarazada para tener un recuerdo de aquel hombre al que amaba desesperadamente.

Pero incluso se le había negado aquello.

–Me vino el período esta mañana. ¿Lo entiendes ahora? No estoy embarazada, Gio, así que no tienes ninguna obligación para conmigo. No tienes que cuidar de mí, ni mantenerme… ni nada. Cuatro semanas dijimos… y si al final no estaba embarazada podría hacer lo que quisiera. Y lo que quiero es irme.

Durante un segundo terrible, creyó que no podría contener las lágrimas. Pero se las tragó, por orgullo.

–Teresa…

–Al final no hemos tenido que esperar cuatro semanas, qué suerte, ¿no? No estoy embarazada, así que no tienes que perder más el tiempo conmigo. Me marcho.

–¡No!

–Sí.

No podía mirarlo, de modo que se dio la vuelta para sacar más ropa del armario. Pero cuando iba a depositarla en la maleta, Gio se la quitó de las manos.

–He dicho que no. No puedes marcharte. Al menos, así no. ¿Lo de anoche no significó nada para ti?

–¿Tienes que preguntarlo? Si no lo sabes, es que no hablas mi idioma tan bien como yo creía. Hay una palabra que explica claramente lo que pasó anoche: ¡deseo! Puro y simple deseo, Gio. O sexo. Nada más.

–¡No es verdad! Fue mucho más que eso.

–Por favor… no me mientas. No tienes que hacerlo. Los dos somos adultos.

–¡No estoy mintiendo! Y no estoy fingiendo. Quiero que te quedes, Teresa.

–¿Como qué? ¿Como la niñera de Paolo? –replicó ella–. ¿Es eso lo que quieres?

–¿Entendiste lo que estaba diciendo?

–Claro que sí. No hablo mucho italiano, pero esa palabra sí la conozco.

–«*Bambinaia*» –murmuró Gio.

–Una niñera inglesa. ¿Eso es lo que estabas buscando?

–Te equivocas…

–Una niñera inglesa para tu hijo, claro. Y yo caí en tus brazos en el momento preciso. Una niñera inglesa para tu hijo… una amante inglesa para ti. Y si tenías un poco de suerte, una madre inglesa para tu siguiente hijo. ¿Ese era el plan, Gio? ¿Pensabas casarte conmigo para que todo te saliera gratis, para no tener que pagarme un salario?

–No.

La mirada del hombre la habría asustado en otro momento, pero estaba tan furiosa que le daba igual.

–No, claro que no –repitió ella, sin poder disimular la amargura–. Porque tu plan, *caro mio*, ha fracasado. No voy a ser la niñera de Paolo. No voy a ser tu amante. Y, como te he dicho…

–No puedes irte.
–Claro que sí.
Terrie intentó volver a tomar su ropa del armario, pero Gio no se lo permitió.
–¡No te dejaré ir! ¡No puedes marcharte!
–¡Y tú no puedes detenerme!
–Lo intentaré todo. Y te advierto que puedo jugar sucio si…
Ella tuvo que contenerse para no abofetearlo.
–Gio, por favor. ¡No me hagas esto! No puedes obligarme a que me quede.
El cambio en la expresión del hombre la sorprendió. Toda la rabia había desaparecido, dejándolo pálido, exhausto.
–Muy bien. Si eso es lo que quieres…
Era justo lo contrario de lo que quería, pero no podía hacer otra cosa. No podía quedarse, amándolo como lo amaba, y sabiendo que solo había querido usarla.
«No me pidas más de lo que puedo dar. Te daré lo que pueda… no me pidas más», le había dicho por la noche. Y Terrie supo por qué. No tenía nada que darle. Nada en absoluto.
–Pero espero que estés preparada.
Ella lo miró, perpleja.
–¿Preparada para qué?
–Para soportar mis llamadas cada noche.
–¿Llamadas? Pero Gio… ¿por qué?
Él se pasó una mano por el pelo, con expresión cansada.
–¿Recuerdas cuando te hablé de Lucía… cuando te dije que, desde que murió, nunca pude dormirme sin desear…?
–¿Haberle dicho que la querías una vez más? Sí, pero no entiendo…
–No voy a dejar que eso me pase otra vez –la interrumpió Gio, haciendo un gesto desesperado–. No voy a dejar que otra mujer se vaya de mi vida sin que le haya dicho lo que siento. Si te vas, si insistes en marcharte, Teresa, *amata mia*… entonces tendré que hacer lo que pueda. Aunque estés a miles de kilómetros de distancia, tendré que hablar contigo. Tendré que decirte cuánto te quiero cada noche, antes de irme a dormir.
–¿Qué?
Las piernas no le respondían y Terrie se dejó caer sobre la cama.
–Lo que has oído.
–Tendrás que decirme…
–Que te quiero –repitió Gio.
–¿Estás diciendo la verdad? –murmuró ella, incrédula.

–¿Por qué si no iba a decirlo, *cara mia*?

–Pero antes… cuando hablabas con esa mujer…

–Rosa es la madre de Lucía, Teresa. No hagas ni caso… yo… ¿crees que le habría dicho a Rosa que te quiero antes de decírtelo a ti?

–Pero tú dijiste que nunca amarías a nadie como habías amado a Lucía.

–Y lo pensaba.

Gio se sentó a su lado, mirándola… como no la había mirado hasta entonces.

–Pensé que con Lucía había terminado mi cuota de felicidad en la vida. Después de todo, la mayoría de la gente no vive los diez años de amor que yo tuve con ella. Nunca pensé que sería tan afortunado como para que volviera a pasar.

–Oh, Gio…

Él tomó su mano y la besó sin dejar de mirarla a los ojos, con una desesperación que la llegaba al alma.

–Pensé que, como había amado una vez, no podría volver a amar. Lucía y yo nos conocimos casi cuando éramos niños y mi historia está unida a la de ella. Pero entonces apareciste tú. Y me volví loco.

–¿Por qué? –murmuró Terrie.

–Porque fuiste como un tornado. Al principio me sentí culpable, como si hubiera traicionado a Lucía, como si le hubiera sido infiel.

–Estoy segura de que a Lucía no le importaría. Ella querría verte feliz.

Gio asintió.

–Y ahora veo que tienes razón. Pero no lo vi hasta anoche, Teresa. Anoche, hablar contigo, compartir a Lucía contigo, me ayudó a entender por fin. Y me ha ayudado a decirle adiós para poder dar otro paso en mi vida… contigo. Si me aceptas.

–Gio…

Emocionada, Terrie enredó los brazos alrededor de su cuello. Él la besó entonces, un beso tan tierno, tan lleno de cariño que sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero aquella vez de felicidad.

–Pero no dijiste. Ni siquiera anoche…

–Anoche seguía siendo un cobarde. Aunque sabía cuánto deseaba tenerte en mi vida, no me atreví a decírtelo –Gio dejó escapar un suspiro–. Mi propio hijo es más valiente que yo. Él no dudó en decirte que te quería desde el primer momento, mientras yo hacía todo lo posible por evitarte.

Terrie sonrió, comprensiva.

–Solo es un niño. Él no sabe el dolor que puede acarrear el cariño.

Por un momento, la sombra del pasado cruzó los ojos del hombre.

–Yo también tengo miedo, Teresa. Una vez perdí a mi amor y me daba pánico que volviera a pasar. Y entonces me di cuenta de que siendo un cobarde yo mismo lo estaba provocando. Que si no te decía lo que sentía, te marcharías.

–Pero ya no puedes perderme –murmuró ella.

–¿Estás segura?

La intensidad que había en su voz le llegó al corazón como una flecha.

–Sí.

–¿Estás segura, cariño? Porque yo…

–No lo he dicho, ¿verdad? –exclamó Terrie entonces–. Te quiero, Gio. Te adoro. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

–Y yo contigo, amor mío. Quiero hacerte el amor cada noche. Quiero dormirme teniéndote en mis brazos, despertar cada mañana a tu lado. Y prometo que cada día de mi vida te diré cuánto te quiero para que no lo dudes nunca.

–Y yo te lo diré a ti –sonrió ella.

–Nos lo diremos el uno al otro –murmuró Gio, sellando la promesa con un beso.